

Año X

Núm. 64

REVISTA

DEL

INSTITUTO PARAGUAYO

Asunción del Paraguay - 1909

Documentos de 1534 á 1600 que se
conservan en el Archivo Nacional.

PRIMER ENSAYO DE INDICE

Una Clasificación y un Indice completo del Archivo General de la Nación, sería una obra de inmensa importancia no ya para el Paraguay sino para los Estados del Plata, cuyos orígenes históricos no podrán ser bien estudiados en lo que no hayan sido catalogados y publicados los documentos del viejo Archivo Paraguayo.

A la antigua Capital de las Provincias del Plata vinieron los primeros y más antiguos documentos. Con ellos vino la historia, con ellos llegaron las noticias geográficas, las limitaciones de co-

marcas, las narraciones de los viajes y la enumeración de las gestas hazañosas. Ellos nos hablaron por vez primera de las disputas y contiendas de lusos é iberos, que todavía hoy superviven, y aun se recrudecen al cabo de los siglos, cuando ya no hay en el continente ni unos, ni otros, ó los que quedan se llaman uruguayos, argentinos, paraguayos y brasileños....

Cientos de estos documentos nos hablan de aquel vivir batallador, sangriento y á veces tenebroso de los primeros pasos de la conquista. Y nos dicen cómo eran las cosas, las instituciones, las ideas, los anhelos, los hombres de entonces y nos explican el presente, justificándole unas veces, condenándole otras, aclarándole siempre. Porque sabido es, que entrelazadas fatalmente las acciones humanas y entretajidos y ade antaño unos hechos con otros, viene á veces á encontrarse entre las hojas amarillentas del pasado, la razón, del derecho actual y á ser por tanto de una actualidad palpitante el añoso legajo salvado á traves de los siglos.

Teniendo esto presente, pasma considerar la poca importancia que el Paraguay concede á la más notable de sus Instituciones, que aun hace años estaba instalada como anexo de una oficina judicial y hoy mismo, sin personal, sin estabilidad, sin publicaciones de copias en su «Revista» ha tiempo suprimida, es menos conocida y estimada en el país que en el extranjero.

La obra empero se impone y habrá de hacerse aun cuando sea por desinteresado amor á la investigación y al orden. Ha tiempo que ha comenzado y tal vez dentro de algunos años pueda decirse que se llevó á feliz término la honrosa pero ingrata tarea de colocar ante la vista de la investigación rioplatense, las inmensas riquezas que aun hoy—á traves de varios pillajes y diversas calamidades—encierra el viejo Archivo paraguayo. De no poder llevar á cabo esta obra, el tiempo arrebatará para siempre uno de los más importantes legados del pasado sudamericano.

Presentamos hoy un insignificante avance, al enumerar los *Documentos de 1534 á 1600 que encierra el Archivo*. Simple ensayo, esta enumeración no se abarca sino los contenidos en la *Sección*

histórica que en el tecnicismo de la Casa se dice de «la antigua encuadernación». No están pues, en él, íntegramente ordenados todos los documentos de dicha época que exiotes. Para que así fuese se haría preciso una revisión completa, y meprender previamente una nueva ordenación. Y el actual Archivo paraguayo se compone en estos momentos de SEISMIL DOSCIENTOS CINCUENTA Y DOS VOLÚMENES, en los que habrá contenidos aproximadamente NOVENTA MIL LEGAJOS!

El *Indice* que ahora se presenta no abarca pues, sino los manuscritos de una Sección, de unos cuantos años.... Muchos de los documentos á que se refiere, están ya copiados salvándose así de una inminente desaparición; los demás van siendo copiados lentamente dada la escasez de personal.

El presente *Indice* comienza como se verá por un documento del año 1594, curioso para nosotros por ser el más antiguo de los clasificados, (escrito en caracteres regulares del siglo XVI sin las extravagancias y logogrifos de la escritura procesal) y acaba con otro de 1599. Están indicadas, en extracto, con redacción de la época, las materias y enumerados los años, volúmenes y folios, de cada manuscrito.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
63	1	1	1534	Título de Gobernador y Capitan Gral otorgado á D ⁿ Pedro de Mendoza.
»	»	2	»	Título de Contador otorgado á Juan Cáceres.
»	»	5	»	Real Cédula ordenando se pague al Médico, Cirujano y Boticario.
»	»	3	1535	Título de Factor otorgado á Carlos de Guevara.
»	»	4	»	Título de Tesorero otorgado á Gonzalo de Alvarado.
»	»	5 ^v	1536	Título de Vedor otorgado á Juan de Salazar de Espinosa.
58	12	28	»	Pedimento de Gaspar Ortigosa, vecino de Córdoba para vindicarse de la nota en q ^o aparece como sublevado en la carabela q ^o fué mandada á la Isla de Lobo por el mag-

Vol.	Núm.	Folio	Año	
				nifico Sr D ⁿ Pedro de Mendoza, 1 ^{er} Gobernador y Cap ⁿ G ^{ral} de estas Provincias.
58	12	6	1537	Título de Vedor otorgado á Alonso Cabrera.
»	»	7 ^v	1540	Título de Gobernador otorgado á D ⁿ Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca en el caso de ser muerto Juan de Ayolas.
»	»	9 ^v	»	Título de Ten ^{te} de Gobernador otorgado á D ⁿ Alonso Nuñez Cabeza de Vaca.
»	»	10 ^v	»	Título de Factor otorgado á Pedro Dorantes.
»	»	7	1541	Título de Factor otorgado al Cap ⁿ Carlos Dubryn.
»	»	11	1542	Título provisorio de Tesorero á Garsi Benegas
39	19	413	1546	Entrega de 40 Cédulas Reales q ^e el Escribano Mayor D ⁿ Martín de Orué, hace en Cabildo, al Escribano de D ⁿ Bartolomé Ruano (<i>roto</i>).
»	1	1	»	Real Cédula sobre derechos del quinto (<i>roto</i>).
»	»	10	»	Real Cédula estableciendo las apelaciones de las sentencias de los Alcaldes ordinarios y la cantidad hasta la cual podían entender los Ayuntamientos.
»	»	29	»	Real Cédula franqueando al dho. de almorzar por diez años (<i>roto</i>)
63	»	12	1547	Título de Tesorero otorgado al Cap ⁿ Juan de Salazar.
»	»	»	»	Real Cédula en que se manda pagar salarios á Andres Fernandez el Romo por el tiempo que ha servido de Tesorero.
25	12	103	»	Testamento de Gonzalo de Peralta.
63	1	12 ^v	1549	Real Cédula otorgada al Cap ⁿ Juan de Salazar p ^a ayuda de costas.
58	»	16	1551	Real Cédula p ^a que se reciban los descargos de sus culpas á los desterrados.
63	»	13	1555	Real Cédula acordando se concedan 100000 maravedises al Obispo Fray Pedro de la Torre para ayuda de costas.
»	»	13 ^v	»	Real Cédula autorizando al Obispo Fray Pedro de la Torre para nombrar 4 Beneficios en la Catedral.
»	»	14	»	Real Cédula acordando la concesión de 50000 maravedises á los clérigos de campaña para enseñar la Doctrina.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
63	1	14 ^v	1555	Real Cédula acordando se conceda anualmente al Obispo 500000 maravedises.
58	»	87	1557	Real Cédula sobre residencia y apelación de la justicia ordinaria.
2	8	180	»	Real Cédula para que la caza y pesca sean comunes.
58	14	63	»	Real Cédula de Egidos.
»	1	146	1558	Elección de Mayordomo y Her ^{nos} mayores de la cofradía de San Sebastian.
25	12	102	1559	Público pregon de los bienes de maese Miguel.
63	1	15	1570	Título de Juan Ortiz de Çarate para conquistar las tierras que no estan descubiertas aun en el Río de la Plata.
»	»	16	»	Título de Gob ^r y Cap ⁿ G ^{ral} á favor de Juan Ortiz de Çarate.
»	»	18	»	Real Cédula concediendo al Cap ⁿ Juan Ortiz de Çarate 15 ó 20 qq ^s de hierro en la Asunción p ^a que las utilice.
»	»	18 ^v	»	Real Cédula concediendo al Gob ^r y Cap ⁿ G ^{ral} Juan Ortiz de Çarate que gaste de la Real Hacienda lo necesario en caso de rebelion.
»	»	19	»	Real Cédula sobre dhos de almoxarifazgo.
»	»	20	»	Real Cédula sobre nombra ^{to} de Corregidores y Alcaldes Mayores.
»	—	19 ^v	»	Real Cédula sobre marcos y punzones.
31	31	774	1574	Bando p sostener caballos y para estar prontos al Servicio y Defensa de la Provincia amenazada de los indios.
63	1	20	1575	Título provisorio de Tesorero á Adama de Olaberriaga.
»	»	22	»	Título de Contador á Gerónimo Ochoa de Elicaguirre.
»	»	25	1577	Real Cédula p ^a q ^e Fray Alonso Ecurra gobierna el Obispado de las Provincias del Río de la Plata, hasta la remisión de las bulas de Su Santidad.
58	11	11	1580	Causa criminal que formo el Cap ⁿ Ruidias Melgarejo Tente de Gov ^{or} de Ciudad Real, Provincia del Paraná á Ortuño Ubildo, á quien despachó preso á esta ciudad de la Asunción á disposición de D ⁿ Diego Ortiz

Vol.	Núm.	Folio	Año	
				de Zarate Gov ^r y Cap ⁿ Gral habiéndole quitado antes á dho. preso Ubildo el empleo de Aguacil Mayor y la encomienda de Indios que poseia.
63	1	26	1582	Relación de las rentas del Obispado por el admor Fray Fran ^{co} Navarro de Mendigorría.
58	»	20	»	Real Cédula prohibiendo los malos tratamientos á los indios.
2	8	200	»	» » prohibiendo los malos tratamiento á los indios.
58	1	32	1583	Real Cédula ordenando las observaciones de los eclipses y la remisión de datos históricos.
2	8	225	»	Real Cédula ordenando las observaciones de los eclipses y la remisión de datos históricos.
63	1	28	1585	El Contador G ^{mo} Eliçaguirre y Tesorero Adame piden traslado de las provisiones Reales y de S. S. R ^{ma} sobre el cobro que han hecho de los diezmos.
31	31	781	»	Bando para que acudan los vecinos que tienen agravios contra la persona del Sargento Mayor Alonso de Ontiveros que está con licencia en España.
63	1	32 ^v	1588	Nombramiento de Factor de S. M. en el Cap ⁿ Alonso de Vera y Aragon.
58	13	48	»	Memoria de lo que el Adelantado Juan de Torres de Vera y Aragon mandó cobrar de los oficiales Reales, en razon de que S. M. fué engañado en las ventas de las casas contra Pedro Corrales.
37	27	189	»	Auto proveido por S. S. disponiendo que el S ^r Provisor y Vicario Gral ponga edictos sobre los oficios y cargos de la Catedral.
2	8	161	»	Real Cédula sobre predicación y publicación de la Santa Cruzada cada dos años.
»	»	201	1591	Auto de Alonso de Vera y Aragon sobre los malos tratamientos á los indios, de acuerdo con la Real Cédula.
63	1	34	1592	Nombramiento de Tesorero del Cap ⁿ Juan de Çumarraga Ibaguren.
51	28	387	»	Auto proveido por D ⁿ Hernando Arias de Saavedra, Tente de Virrey y Cap ⁿ Gral,

Vol. Núm. Folio Año

				Justicia Mayor de todas estas Provincias del Rio de la Plata; declarando pasados ya los términos que concedió á los vecinos de esta Ciudad para la edificación de sitios vacios y demás diligencias al respecto.
31	31	785	1592	Bando prohibiendo vender vino para otro punto é impedimento de sacar armas ó pertrechos de la localidad.
»	»	789	»	El Gob ^r ordena se prenda á los Guaicurus encontrados en la Provincia y se los entreguen para que los que están en la otra vanda no se enteren de la guerra á sangre y fuego que se proyecta contra ellos.
1	20	656	»	Interrogatorio elevado á la Real Audiencia de Charcas por los vecinos de Trinidad y P ^{to} de B ^s Aires en el pleito que siguieron con el Adelantado Juan de Torres de Vera y el Fiscal de S. M. sobre aprovechamiento de potros y caballos nacidos de las yeguas cimarronas que dejaron los conquistadores.
63	1	37	1593	Nombramiento de Tesorero de la Asunción á Juan de Rojas de Aranda.
»	»	37 ^v	»	Nombramiento de Francisco García de Acuña como contador de la Asunción.
47	31	370	»	Presentación del procurador de la Villa Rica del Espíritu Santo, solicitando socorros de municiones y pólvora para resistir á los indios infieles que están en continúa guerra.
31	»	772	»	Bando ordenando la presentación en la plaza pública á los 8 dias, de armas, caballos y municiones.
»	»	783	»	Bando sobre casamientos de indios.
»	»	578 ^v	»	Transcripción al libro de Acuerdos Capitulares de las Audiencias Reales para hacer guerra á los indios Chiriguanas y á cualquier indio que intentare ayudar en la rebeldía.
1	17	653	»	Sobre la fundación de Santiago de Jerez.
31	29	758	1594	Testimonio del Escribano Público Josef, Suarez en que da fe de haber pasado el

Vol. Núm. Folio Año

				Cap ⁿ Bartolomé de Sandoval Ocampo, Tte Gral y Just ^a Mayor de esta Prov ^a en comp ^a del Cap ⁿ Diego Nuñez del Prado, Tte de Gob ^{or} y el Cap ⁿ Antonio de Añazco, Alguacil Mayor, al Convento de N. S ^a de Mercedes y estando presente el P. Fray Pedro Lopez Valero, Comendador de dho. convento, y en presencia de los dhos., haberle entregado una carta cerrada con título p ^a el dho. Pedro Guerra, Provincial de la Orden, y un pliego alargado en que venía orden y sentencia dada por el Provincial y Definidores para que remitiera presa la persona del P. Fray Franco Velazquez Ruiz á los Reinos de España, á lo cual se opusieron.
31	31	773	1594	Se dice que los vecinos están dispuestos contra los asaltos de los indios.
»	»	775	»	Bando para que todos los vecinos, al toque de tambor ó de campana, acudan con sus armas á la puerta de la morada del que Gobernare.
»	»	784	»	Bando para que cada indio casado sirva á su amo.
»	»	584	»	Acuerdo Capítular sobre petición del Procurador Gral contra la nación guaicurú.
25	12	105	»	Demanda de Juan Tamayo contra Ana Tarel y sentencia del Alcalde Pedro de Obelar.
58	1	14	1595	Real Cédula al Obispo de la Asunción para que sea predicada; por estar infestada y afligida de infieles y herejes la Ciudad.
31	31	776	»	Bando para juntarse los que salgan para B ^a Aires por no haber seguridad; y para que avisen los que salgan á cortar palmas.
»	»	78	»	Orden para que los encomenderos presenten la nómina de sus repartimientos.
»	»	787	»	Bando prohibiendo vender vino para otro punto é impedimento de sacar armas ó pertrechos de la localidad.
2	27	571 ^v	»	Acuerdo Capítular sobre nombramiento de Procurador Gral de la Ciudad.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	568	1595	Acuerdo Capitular sobre elecciones de Alcaldes y Regidores y subsiguientes ceremonias al respecto.
»	»	572	»	Acuerdo Capitular sobre remate de la renta del peso de la Ciudad y para que con buen orden se amansen las yeguas.
»	»	572 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre los azucareros.
»	»	573	»	» » » » maestros de azúcar y demás autos al respecto.
»	»	576	»	Acuerdo Capitular adoptando los siguientes precios en moneda corriente, á los productos: hierro; á medio peso cada libra; acero, dos pesos id. id.; garavata, á medio peso id. id.; algodón, cada qq doce pesos; una vara de lienzo, un peso y la cera á seis tomines.
»	»	»	»	Acuerdo Capitular de no pagar más de un peso por cada una @ de vasija.
»	»	577	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	577 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre carnicería.
»	»	581	»	» » » » marca de herrar yeguas propiedad de la Ciudad.
»	»	581 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	»	»	Acuerdo Capitular dando comisión para herrar las yeguas propiedad de la Ciudad.
»	»	582 ^v	»	Acuerdo Capitular para amansar las yeguas de Guarnipitan.
»	»	583	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	583 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de portero del Cabildo.
»	»	584	»	Acuerdo Capitular donando el Cabildo á la Compañía de Jesús cien v ^s de sayal.
»	»	»	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	585	»	Acuerdo Capitular p ^a escribir al Gob ^r que esté en Guairá en visita, anunciando que la comunidad está inquieta por los asaltos de los Guaicurus.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
37	26	187	1595	Representación de D ⁿ Pedro Montañas Procurador Gral de la Villa Rica del Espíritu Santo, situada y trasladada de su primer fundación al paraje de Ubay, al Ten ^{te} Gral de Gobernación y Justicia Mayor contra el Cap ⁿ Ruidias de Guzman Just ^a Mayor de dicha Villa por el mal orden que dice tener en las casas de Justicia.
2	27	586	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	587 ^v	»	Transcripción al libro de Acuerdos Capitulares de la carta escrita al Gob ^r .
»	»	589 ^v	»	Obedecimiento del Cabildo con la Cédula Real del nombramiento de Teniente Gob ^r Cap ⁿ Gral de esta provincia á Hernandarias de Saavedra y nombramiento de Alguacil Mayor.
»	»	594 ^v	»	Título de Alguacil Mayor á Juan Resquin.
»	»	590 ^v	»	Título de Gob ^r á Juan Ramirez de Velasco.
31	31	777	1596	Bando de Hernandarias de Saavedra p ^a q ^e todos los vecinos de Vera, Concepción, Guairá y Santiago de Jerez se apresten en 15 días á sustentar sus vecindades.
»	»	778	»	Bando de Hernandarias de Saavedra para que los vecinos se apresten á recibir al Gob ^r Juan Ramirez de Velasco.
»	»	779	»	Ordenando el modo de recibir al Gob ^r Juan Ramirez de Velasco (<i>incompleto</i>).
2	27	588	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	588 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre recibimiento de Hernandarias de Saavedra en nombre de SS ^{as} .
»	»	595 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados y sobre los diezmos y nuevas imposiciones.
»	»	596	»	Acuerdo Capitular para que el vino se venda á diez pesos cada @.
»	»	597	»	Acuerdo Capitular para visita de barco y nombramiento de portero del Cabildo.
»	»	597 ^v	»	Acuerdo Capitular p ^a q ^e dejando una tercera parte del vino pueda este conducirse á cualquier parte.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	599	1596	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	»	»	Acuerdo Capitular sobre posturas de las yeguas y remate del campo de Tapuyperi.
»	»	600	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	600 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre donación á Pedro de Paiva de veinte varas de Sayal.
»	»	601	»	Acuerdo Capitular sobre juramento de los Alcaldes electos.
»	»	601 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Alcalde.
»	»	602 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre las notificaciones al Alcalde electo.
»	»	603 ^v	»	Aceptación y Juramento del Alcalde electo.
»	»	604	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Alcaldes.
»	»	605	»	Aceptación del oficio de Alcalde por Nuñez del Prado.
»	»	606	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de procurador Gral.
»	»	606 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre la obra del Convento de San Blas.
»	»	607	»	Acuerdo Capitular sobre provisión de carne, de dos reses por semana á esta ciudad.
»	»	607 ^v	»	Notificaciones al Procurador Gral nombrado.
»	»	»	»	Aceptación y juramento de los Regidores electos.
»	»	608 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	608	»	Poder otorgado al Cap ⁿ Hernandarias de Saavedra.
»	»	610	»	Acuerdo Capitular sobre remate, correguría y peso.
»	»	610 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramientos de Diputados y Alferez de la Ciudad.
»	»	611	»	Acuerdo Capitular dando permiso para herrar ganados con la marca que consta al márgen y nombramiento de Alguacil de Campo y Alguacil Mayor.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	611 ^v	1596	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Padre de menores huérfanos; y arancel del precio del vino.
»	»	612	»	Acuerdo Capitular nombrando Diputados y autorización para gasto de los propios para buen recibimiento de S. S.
»	»	613	»	Acuerdo Capitular nombrando Alcaldes y seguidamente función notificando sus nombres.
»	»	613 ^v	»	Conclusión y proveimiento de S. S. Sobre los Alcaldes nombrados.
»	»	614 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre recibimiento de Alcalde Mayor y su fianza correspondiente.
»	»	615 ^v	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Maestro de escuela.
»	»	616	»	Acuerdo Capitular sobre nombramiento de Diputados.
»	»	»	»	Acuerdo Capitular sobre los que tienen yeguas ó caballos, etc., en las manadas con cejiles para que pasen á recogerlas.
»	»	616 ^v	»	Acuerdo creando una caja y archivo del Cabildo. Nombramiento de Diputados.
»	»	617 ^v	»	Acuerdo para recoger las yeguas y caballos de Piribebuy, Altos y Salado.
»	»	618	»	Recibimiento de Hernandarias de Saavedra como Tente de Gob ^r y Cap ⁿ de Guerra.
»	»	»	»	Juramento y fianza del Gob ^r Hernandarias Saavedra.
»	»	619	»	Título del Gob ^r Juan Ramirez de Velasco.
»	»	620	1597	Acuerdo Capitular nombrando Diputados.
»	»	621	»	Ordenanza del Gob ^r Juan Ramires de Velasco; consta de 48 arts.
»	»	628 ^v	»	Acuerdo Capitular nombrando Diputados.
»	»	629 ^v	»	Remate de Abastecedor de carne de la Ciudad.
»	»	630	»	Acuerdo Capitular donde consta el sello con el cual se sellaban los vasos y medidas de vino.
»	»	630 ^v	»	Acuerdo Capitular para elecciones de Alcaldes y Regidores.
»	»	631	»	Acuerdo Capitular eligiendo Alcaldes y Regidores y sus juramentos.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	631 ^v	1597	Acuerdo Capitular eligiendo alcaldes Ordinario y Hermandad.
»	»	632	»	Acuerdo Capitular eligiendo Regidores
»	»	633	»	» » » Alcalde Mayor.
»	»	637	»	» » » Procurador.
»	»	638	»	» » » Diputados.
»	»	638 ^{vto}	»	» » » Procuradores.
»	»	639	»	Poder al Cap ⁿ Hernandarias y Diego Olabbari.
»	»	640 ^v	»	Presentación del título y nombramiento de Alcalde Mayor y subsiguiente fianza para ejercer el oficio.
»	»	641	»	Título del Alcalde Mayor.
»	»	642	»	Acuerdo nombrando Padre de menores á Don Francisco Vallejos; y diversas resoluciones sobre potros, yeguas y caballos.
»	»	643	»	Acordando á Juan de Avila 50 pesos por sus trabajos.
»	»	»	»	Nombrando Alferez de la Ciudad.
»	»	643 ^v	»	Nombramiento de Diputados.
»	»	644	»	Registro de marca á fuego.
»	»	»	»	Acuerdo sobre custodia de la manada de Tapuyperi.
»	»	645	»	Acuerdo aprobando el pago de 50 pesos que hizo el Alcalde Mayor.
»	»	645 ^v	»	Acuerdo sobre la mandada de Lambaré.
»	»	646 ^v	»	« nombrando Diputados.
»	»	647	»	« sobre toneleros, maestros de azúcar, id. de botas, pipas y barriles.
»	»	648	»	Título del Cap ⁿ D ⁿ Antonio de Añasco como Teniente Gral de Gob ^r .
»	»	649	»	Recibimiento del Ten ^{te} Gral Gobernador Ant ^o . de Añasco.
»	»	650 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	» »	»	Recibimiento del Gral Hernandarias de Saavedra en el Cabildo de la Asunción y traslado del título.
»	»	652	»	Acuerdo para que se cumplan las disposiciones sobre toneleros.
»	»	652 ^v	»	Acuerdo nombrando Procurador de la Ciud ^d .
»	»	653	»	» » Diputados.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	653 ^v	1597	Acuerdo nombrando Corredor y depositario.
»	»	654 ^v	»	Recibimiento del Procurador Gral de esta Ciudad
»	»	655	»	Prohibiendo á los toneleros hagan trato fuera de lo que está mandado por el Cabildo.
»	»	655 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	656	»	Petición del Procurador Gral.
»	»	657	2598	Acuerdo nombrando Alcaldes y Regidores cadañeros y nombramiento de Alcaldes de la Hermandad.
»	»	659 ^v	»	Recibimiento de Alcalde Ordinario Regidores y Alcalde de la Hermandad.
»	»	661	»	Acuerdo nombrando Diputados. Lectura de varias provisiones reales, Nombramiento Procurador Gral.
»	»	661 ^v	»	Acuerdo nombrando Regidor.
»	»	662	»	El Regidor de 1 ^{er} voto Victor Casco de Mendoza es nombrado Alcalde ordinario en reemplazo de Ant ^o de Añasco.
»	»	662 ^v	»	Pedro de Palacios Alcalde de la Hermandad en reemplazo de Victor Casco de Mendoza.
»	»	663 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados. Cobro de deudas atrasadas.
»	»	664	»	Acuerdo nombrando Alferez y entrega del Estandarte Real. Su correspondiente notificación y obediencia.
»	»	666	»	Recibimiento y traslado del título de Alguacil Mayor á D ⁿ Alonso de los Rios.
»	»	667	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	668	»	» » »
»	»	668 ^v	»	» sobre provisión de carne á la Ciud ^d
»	»	669	»	» » molino de agua para moler trigo.
»	»	670	»	Traslado del Título de Gob ^r Cap ⁿ Gral de Hernandarias de Saavedra.
»	»	672	»	Traslado de los autos por los que fué recibido Ant ^o de Añasco como Tent ^e Gral de Gob ^r y Cap ⁿ de Guerra.
»	»	675	»	Acuerdo sobre azufre y plomo á los soldados que van á la guerra de los indios. Monedas corrientes, lienzo, acero, hierro garavala y cera.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
2	27	675 ^v	1598	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	»	»	»
»	»	676	»	Llegada del Gob ^r Hernandarias de Saavedra.
»	»	676 ^v	»	Acuerdo sobre pedimento de fianzas y su correspondiente otorgamiento.
»	»	677 ^v	»	Entrega de varias Céludas Reales por el Gob ^r Hernandarias.
»	»	678	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	678 ^v	»	» sobre Arancel para toneleros.
»	»	679	»	» » venta de los costales.
»	»	680	»	Recibimiento de dos provisiones y una, sobre carta de la Real Audiencia de la Plata.
»	»	680 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	681	»	» sobre salario á los curas doctri- neros de indios y confirmación del Gob ^r .
»	»	682	»	Acuerdo sobre guarda de los caballos de Lambaré.
»	»	682 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	683	»	Petición al Gob ^r p ^a q ^e postergue su salida para el Paraná.
»	»	684	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	»	»	El Gob ^r Hernandarias somete á la aprobación del Cabildo sus ordenanzas.
»	»	685	»	Ordenanzas del Gob ^r y su aprobación y demás autos al respecto.
»	»	693	»	Demarcación de limites y jurisdicción á las ciudades de Vera de los Corrientes, Concepción de Buena Esperanza y Asunción.
25	12	101	»	Mandamiento de Hernandarias p ^a tomar unas barretas de hierro de bienes de difunto.
»	»	696	»	El Procurador de la Ciudad de Jerez pide se conserven los limites de su primitiva fundación.
»	»	697	1599	Elección de Alcaldes y Regidores y sus correspondientes juramentos al efecto.
»	»	699 ^v	»	Recibimiento de Regidores, Nombramientos de Alcaldes de Hermandad, Procurador Gral y Diputados; Arancel del vino; y nombramiento de Procurador.

Vol.	Núm.	Folio	Año	
25	12	703	1599	Proyecto para nombramiento de Procurador.
»	»	703 ^v	»	Nombramiento de Procurador Gral y Alferez de la Ciudad.
»	»	704	»	Nombramiento de Diputados y recibimiento del Procurador Gral Luis de Acevedo.
»	»	705	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	706	»	» » »
»	»	706 ^v	»	» sobre recibimiento de Escribano.
»	»	707	»	» para reedificar las casas del Cabildo.
»	»	»	»	Acuerdo dando orden para que todos los obreros vengan á la Ciudad.
»	»	708	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	708 ^v	»	Traslado de los títulos y poderes que presentó el Sr Frances de Beaumnot y Navarra como teniente Gral del Gob ^r D ⁿ Diego Rodriguez de Valdez y de la Banda.
»	»	715	»	Acuerdo sobre recibimiento de Alguacil Mayor y su correspondiente notificación.
»	»	716 ^v	»	Acuerdo para mandar relación al Gobernador.
2	27	» »	»	Ordenanza obligando á los mercaderes p ^a q ^e introduzcan la 3 ^a parte de sus caudales en moneda de plata corriente y prohibiendo extraerla de la Provincia.
»	»	718 ^v	»	Poder al alcalde Pedro Hurtado para encargarse del despacho en ausencia del Ten ^{te} Gral y su aceptación.
»	»	719 ^v	»	Acuerdo nombrando Diputados.
»	»	720	»	El Teniente de Gob ^r Beaumont transfiere. su poder otorgado al actual Alcalde, á favor de quien resulta electo en las próximas elecciones.
»	»	721	»	Parecer sobre ordenanza de monedas. Acuerdo estableciendo como moneda el lienzo, cera y garabata suprimiendo el hierro y acero
»	»	724 ^v	»	Acuerdos sobre oficio de Corredor.
»	»	725	»	» nombrando Diputados.
»	»	726	»	» » Corredor.
»	»	726 ^v	»	» sobre molino de agua.
»	»	727	»	» » toneleros.
»	»	729	»	» » existencia de documentos.
»	»	»	»	Acuerdo nombrando Diputados.

DOCUMENTOS INÉDITOS

DEL ARCHIVO NACIONAL (1)

II

Curiosísima carta íntima del Dictador Francia

REAL ORDEN DE FERNANDO VII
CON INTERESANTES DATOS SO-
BRE EL DICTADOR FRANCIA.

(Conclusión)

Respuesta del Exmo. Sr. Virrey.—He recibido el oficio de VS. de diez y ocho de Agosto último, y Testimonio con que instruye de haber salido electo por parte de esa Provincia, con destino á Vocal de la Junta Central el Doctor Don José Gaspar Rodríguez de Francia, y quedo enterado de las buenas circunstancias que adornan á este Individuo.—Dios guarda á VS. muchos años.—Buenos Ayres diez y siete de Septiembre de mil ochocientos nueve.—Baltazar Hidalgo de Cisneros.—Ilustre Cabildo Justicia y Regimiento de la Asunción del Paraguay.

Acuerdo del Ilte. Ayuntamt.º—En la Ciudad de la Asunción del Paraguay en veinte dias del mes de Noviembre de mil ochocientos nueve. Los Individuos que componen este Ilustre Ayuntamiento nos congregamos en esta Sala de nuestros Acuerdos con asistencia del Señor Síndico Procurador general á tratar, y conferir materias concernientes al servicio de ambas Magestades, bien, y utilidad de esta República; estando así

(1) V. el n.º 63.

juntos y congregados hizo presente el Señor Síndico Procurador general, que en atención á que el Excelentísimo Señor Virrey en su Oficio de diez y siete de Septiembre último ha llevado á bien, según parece su nombramiento de Diputado por esta Provincia: convenía á su derecho tener un Documento que lo acreditase en todo tiempo por lo que pudiera ocurrir en el particular de los nombrados en las Provincias juntamente con los antecedentes que lo motivaron. En cuya virtud suplicaba á este Ilustre Ayuntamiento se sirviese mandarle dar un Testimonio autorizado comprensivo de las Ordenes Superiores de la Junta Suprema, y del Superior Gobierno de Buenos Ayres relativas para dicho nombramiento con la consiguiente Acta de Elección, el Informe con que se dió cuenta, y el citado oficio de contextación del Excelentísimo Señor Virrey; y enterados de esta solicitud acordamos se le dé el expresado Testimonio autorizado por el propio Escribano de Gobierno ante quien se actuó el nombramiento, debiendo ser comprensivo de los Documentos indicados, y de las Actas respectivas con el Informe que se cita, y este Acuerdo. Así lo firmamos de que certificamos á falta de Escribano—José de Astigarra—Bernardo de Argaña—Pedro Pablo Martínez Saens—Antonio Idoyaga—José Ibañez Pacheco—Francisco Antonio de Zelaya—Juan Antonio Cavallero de Añasco—Roque Antonio Fleytas—Doctor José Gaspar de Francia.—Testados—á falta de Escribano—Rodríguez—no valen.

Concuerda esta copia con la Real Orden, y oficios originales del Superior Gobierno, que á este fin se me pusieron presentes, y con las actas capitulares, é Informe respectivo que se hallan en el Libro de Acuerdos del Ilustre Cavildo de esta Ciudad á que en lo necesario me remito: vá cierta, y verdadera, corregida, y concertada, y en virtud de lo mandado autorizo, signo, y firmo la presente en la Asunción á diez y ocho de Diciembre de mil ochocientos nueve.

En Testimonio de Verdad

Jazt^o. Ruíz

Esc^{no}. Pp^{co}. y de Gob^{no}.

El interesante documento que hoy terminamos de publicar y que por vez primera ha visto luz pública, hállese en el *Archivo Nacional* y hace conocer diversos detalles curiosísimos relativos á la vida y personalidad del Dr. Francia. De dicho documento se deducen algunas conclusiones que no dejan de tener interés histórico.

Por lo pronto sorprende, su encabezamiento, en el cual, aquel déspota y malvado monarca que se llamó Fernando VII, baldon de su país, por sus tiranías y reaccionarismos, se presenta completamente diferente de como todos le juzgamos, y con un criterio digno de nuestros días, adelantándose á su siglo, á sus contemporáneos. y á la manera de considerar el dominio colonial, no ya de sus antecesores sino de los monarcas de su tiempo declara que los dominios de Indias no son Colonias, *sino parte esencial é integrante de España, con derecho á nombrar representantes y á elegirles*. Es sorprendente tal juicio emanando del monarca absolutista, enemigo de la libertad en su país, y encarnizado contrario de todo régimen constitucional. No puede menos de resultar curioso el contrasentido que supone tal Real Orden partiendo de quien tanto odió la Constitución y tanta sangre derramó de los partidarios de ella. Fernando VII declara que no siendo los dominios de Indias Colonias ó Factorías como los de otras Naciones, *deben tener Representación Nacional y constituir parte de la Junta Central Gubernativa del Reino por medio de sus correspondientes DIPUTADOS*.

Es curioso además nuestro documento, porque aparte de hacernos conocer todas las tramitaciones de la elección, ceremonia y espíritu de ella, nos hace saber cómo recayó el cargo de Diputado en la interesante figura histórica del Dictador Francia, sobre el cual indica los preciosos datos de que habrá podido tomar nota el lector.

Sobre dos de ellos solamente llamaré la atención por estimarles de interés para los que vienen consagrando su atención al estudio del Dictador.

El primero es relativo al apellido del mismo. Conocidos son los trabajos realizados en diversas épocas sobre la genealogía del Dr. Francia. Los últimos, debidos á la pluma—un tanto enmohecida hace algún tiempo—de Don Fulgencio R. Moreno y publicados en esta misma REVISTA, dieron por resultado dejar aclarados, por ahora, los verdaderos orígenes del apellido Francia. Dichos orígenes no eran hispánicos, como hipotética y conjeturalmente indicaba basado en datos novedosos el Dr. Diaz-Perez. Sobre su trabajo y la erúdita y concienzuda contestación del Sr. Moreno hubiera arrojado mucha luz el actual documento, entre otros detalles por el sugestivo de que en el original aparece el apellido RODRIGUEZ (de la pág. 909) entre paréntesis y rayado con manifiesta intención de habersele querido inutilizar. Debiendo sospecharse que tal designio debió ser del propio interesado queda descartado ó por lo menos debiera quedar descartado el apellido RODRIGUEZ de entre los del Dictador. Todo esto, provisoriamente, por supuesto, en lo que algún dato ó estudio más detallado no aclare categóricamente el punto. En lo que dicho estudio no se haga adelantemos por nuestra parte el hecho de que el Dr. Francia firmó de diversísima manera, tanto, que es digna de señalarse la circunstancia curiosa de que un hombre minucioso y exacto hasta en los más insignificantes detalles, en el importantísimo de su apellido procedió poco menos que anárquicamente empleando numerosas maneras para ello.

Otra deducción interesante á que podría llevarnos la lectura de nuestro documento se relaciona con el caracter del Dictador. Este resulta, según los informes de las personas que le eligen, «DE UN CARACTER PACÍFICO, PRUDENTE Y MODERADO». Aparte de su ya por nosotros conocida «honradez, integridad y arreglada conducta» cosa indiscutible sobre todo si se recuerda su administración, las anteriores cualidades no dejarían de interesar á los aficionados á estudiar psicológicamente las innumerables facetas de los grandes caracteres. Llamamos la atención sobre el tema, á los interesados en conocer la psiquis del sombrío gobernante.

Fernan Dias

II

Carta íntima del Dictador Francia

Mi Estimado Ramirez:—Puedes hacer servir esos caballos viejos de la partida, que conduxo Leguizamon, y me dirás que continuo servicio ocurre allá de cabalgaduras, que no havrá de ser sino el indispensable p^a no acabar de arruinar los caballos, y darles tiempo de envarnecer en este verano. Si han vuelto desollados los de la vltima diligencia al campamento, estarán sin duda los recados muy aplastados del vso, y si es asi: es menester poner mas bastos á los lomillos. Al presente puede tambien quedar alli toda la Boyada y Lecharage hasta despues que dexando lo que baste, se traherá lo demas al Rosario, quando ya no haya faena, y se minore la Tropa como pienso hacer sino ocurre motivo especial para disponer otra cosa.

Para fin de este mes dice el constructor, que estará concluido el Bote, que bien carenado, juzgo, que podrá servir vn par de años. Es algo mas que Bote, por que tiene diez varas de quilla, y hade llevar su Palo y dos Velas, de suerte que puede aun bastar solo. Asi mejor es escusar la compostura de este Bote muy deteriorado con tablas ya podridas lo que no puede ser durable, por que todo lo demas estará tambien endeble.

Puede continuar el corte de Maderas hasta el cuarto creciente, que será el Viernes como creo haberlo ya advertido. En las carretas, que hé dicho irá lo que se pueda aprontar por ahora delos articulos y Vestuarios de tu Nota que será talvez todo fuera de Corbatas que se irán haciendo despues. La Tropa en todas partes anda acomodandose al tiempo y á las circunstancias en la inteligencia de que al Militar no corresponde mas aseo, y desencia que la que pueda proporcionarse, la que tampoco es cosa esencial para ser vn buen Soldado. En el Virreynato de Nueva Granada andaba en chiripá y camisa la mayor parte del Exercito de Patriotas caminando inmensas jornadas con trabaxo, y muriendo continuamente en frequentes Batallas con los Europeos. Aqui quando recibí este desdichado Gobierno, no encontré de quenta de Tesoreria, ni dinero, ni vna vara de genero, ni armas, ni municiones, ni ninguna clase de auxilios, y no obstante hé estado, y estoy sosteniendo los crecidos gastos, la provisión y apresto de articulos de guerra, que demanda

el resguardo y seguridad general á mas de costosas obras y faenas, á fuerza de arbitrios, de maña, de diligencias aun con otros Países, y de vn incesante trabaxo y desvelo supliendo por oficios y ministerios que otros debian desempeñar en lo civil, en lo Militar, y hasta en lo mecanico, recargado por esto aun de ocupaciones que no me corresponden, ni me eran decentes, todo esto por hallarme en vn pais de pura gente idiota, donde el Gobierno no tiene á quien volver los ojos, siendo preciso que yó lo haga, lo industrie, y lo amaestre todo por sacar al Paraguay de la infelicidad en que há estado sumido por tres siglos. Por eso despues de la revolución todos se atrevieron á robarlo, y lo robaron á satisfacción Portefios, Artigueños, y Portugueses.

Si en medio de todo esto hay quienes deseen mas de lo que yó puedo proporcionar, no tengo otro arbitrio sino licenciarlos, y que se retiren á sus casas, por que no hede hacer lo que llaman milagro, mucho menos en esta Tierra de imposibles donde todo es dificultad, por que es menester que entre mis infinitas atenciones y ocupaciones ande como vn desesperado riñendo y lidiando con Sastres, con Mujeres y criadas para que no me hechen á perder los Vestuarios que mando obrar asi para la gente de por allá, como para la del Pilar delos Presidios del chaco, de Olympe, de Apa, y de la de aqui.

No sé como Ximenes no se há avergonzado, ó que fin há tenido en escribirme le conceda que el Soldado dela 4.^a Juan Alverto Perez pase á su compañía diciendo que lo necesita para dirigirlo en sus Partes, lo que es lo mismo que decir que ese Soldado tiene mas aptitud que él para ser oficial y comandante. Esto es lo que sucede con los oficiales que no se les puede emplear en destino alguno, por que vn mal Parte desgredado no saben dar, lo que es muy triste para vn Gobierno.

El no há reflexionado los inconvenientes de tal concesion aun para el servicio, por manera que no sé qué hacer, y estoy casi tentado de desalojar enteramente ese campamento. Quando se recibe vn Parte formado por otro, ya se sabe que no es del Comandante, sino del titulado director, y como vna misma cosa puede decirse de distintos modos y con diferentes explicaciones que pueden tener diversos sentidos, si sucede algo por vn Parte que no haya sido como correspondia, se disculparia diciendo que no lo hizo él, sino el director que se le habia dado. A mas de esto si se ofrece dar vna orden reservada, el Gobierno se vé embarazado recelando, que el director tambien la sepa, por que es menester que la vea p.^a contestar.

Si ves á Correa, ó quando vuelva la Gazeta, puedes decirle, que ponga en ella quanto le parezca. Quiero ver la especie, ó sonsera, con que sale, aunque pienso, que no tardará en tener noticia de Misiones, cuya demora puede atribuirse á lo que dixo anteriormente de haberse retirado su corresponsal muchas leguas para adentro. Tambien se que no há tenido chasque.

Asunción y Diciembre 10 de 1828

FRANCIA

En las revistas y en toda correspondencia dexen el *Don*, que se há quitado, y ya aqui no se vsa.

Al Delegado de Itapua.

EL RETRATO DE FELIPE II

DE JUAN PANTOJA DE LA CRUZ ⁽¹⁾

Para ARSENIO LÓPEZ DECOUD

Entre varios recuerdos de familia salvados de peripecias y viajes y diversos calamitosos azares, conservo uno del cual quiero hablaros. Es un cuadro. Un viejo retrato del sombrío monarca Felipe II; una buena copia, hecha por el olvidado **F. Checa**, del famoso lienzo de Pantoja conocido de todos los que hayan visitado en el Museo del Prado de Madrid.

Aparte de algunos méritos puramente particulares —que solo yo podría conceder á mi pequeño lienzo— tiene este, el de evocar, por su exactitud, por el tinte amarillento de sus tonos, y por su arte—el recuerdo del original, que no es ya poco; y el de haberme sugerido algunas observaciones relacionadas con el hombre tan fielmente en él representado.

Hoy que se tiende á estudiar la historia experimentalmente, y que los datos escritos, públicos, de la letra

(1) El trabajo que hoy publica la *Revista del Instituto Paraguayo* fué leído por el Autor, el día 29 de Enero de 1909 en una reunión íntima, celebrada en honor del distinguido intelectual Sr. López Decoud, entonces recién llegado de Europa. Hízose la lectura, ante una copia del retrato de que se habla y amenizada con diversas ilustraciones sobre el tema.

en suma, son cuidadosamente complementados con los íntimos y casi anímicos del retrato, del autógrafo y de la supervivencia psíquica, la contemplación de una fisonomía, puede resultar tan didáctica como la lectura de un infolio.

Acaso teniendo presente esto, Inglaterra y Alemania ponen especial cuidado en conservar todo recuerdo que les hable de sus grandes hombres, figurando entre dichos recuerdos, muy especialmente, los retratos. Y esta tendencia á tales conservaciones consagradoras, que aumenta con la importancia cada vez más universal que adquiere la verdadera ciencia histórica, no puede tener justificación más indiscutible.

¡Qué podrá haber en verdad de más atrayente y evocador que esos extraños milagros del arte que fijan la expresión, que detienen el movimiento y conservan á despecho del tiempo, la imágen, la sonrisa, la mirada de un ser que ya pasó!

Viajando por la galerías europeas, con la memoria repleta de cosas leídas y el espíritu relleno de juicios humanos—casi siempre pobres por ser humanos—quedais á veces asombrado ante la mirada reveladora (nueva ó vieja para el espíritu) de un héroe que os contempla defendiéndose ó condenándose desde la eternidad. A mi por lo menos, me ha llegado á acontecer que ante los retratos de aquel mágico de la expresión que se llamó el Greco; de aquel pensador melancólico que se llamó Dürer; ó del inconfundible Velázquez, he llegado á creer que por un milagro extraordinario, me eran familiares aquellas almas y que todavía me hablaban con el fuego, con la dulzura ó con el dolor de sus miradas no extinguidas... Porque varios procedimientos nos permiten comunicarnos con la antigüedad, mas hay uno que nos deja hablar con ella íntima y familiarmente, y es el arte. Por su mediación muchas veces reformamos nuestros juicios y deseamos ser justos y no calumniamos al pasado teniéndole por mejor ó peor que el presente. Con el auxilio del arte, un semejante, ó sus pasiones, no nos son tan ajenas....y una tolerancia explicable nos lleva á la región de los juicios no definitivos.

Contemplad serenamente la imágen enigmática de

aquel potente y extraño genio que se llamó Felipe II, sobre el cual cuatro siglos de crítica no han formulado aún el fallo decisivo—y decidme si no os habla más que la misma obra de un Prescott, el sencillez trabajo de un Pantoja de la Cruz.

Ahí le teneis; viejo, vestido de negro, irónicamente triste, con su mirada que os mira abstraída y... fija á la vez; con su mirada que os conoce, os penetra y os juzga... Es bien, el Felipe II que nos dejó Pantoja, aquella alma preocupada, intranquila y severa que pasó por la tierra con la conciencia de un destino tan grande como duro, quimérico y superhumano...

Hay muchos retratos de los grandes hombres del pasado. Pero en cada caso, suele suceder que siempre hay *uno* entre todos que es *el* retrato, el único, el que hace inútiles á los demás. De Dürer, por ejemplo, lo es el hecho por él mismo (Madrid); de Carlos V el del Ticiano (Madrid); de Cervantes, el escorzo anónimo en que se le figura marinero; de Renan, acaso el agua fuerte de Zorn; de Verlaine, el que nos legó el gran neblinista Carriere; de Nietzsche, el escultórico de Klinger; de Böklin, el hecho por el mismo, macabro é impresionante como todo su arte...(1) Toman los retratos algo del espíritu del que les ejecuta y son á veces atrayentes ó repulsivos más por causa del arte que por la esencia misma de ellos. Comparad la figura torpemente quijotesca, seca y biliosa de ciertos retratos del Duque de Alba tal como se encuentra en algunos retratos extrangeros, con la faz sencillamente nobiliaria, reposada y cesaresca que se ve en algunas medallas de la época y desconfiareis para siempre de la mayor parte de los retratos históricos.

¡Cuántas representaciones no habrá de nuestro monarca comparables á las del Duque sañguinario!

Creo, empero, sospechar con algùn fundamento que de entre los innumerables retratos del Monarca, el que debe merecernos confianza, el que realmente nos im-

(1) El autor terminó su lectura mostrando una reproducción de todos los retratos citados.

presiona, el que ilustrará, sugestiva y perennemente su recuerdo, es el aquel severo pintor de cámara que se llamó Pantoja de la Cruz.

Decía Voltaire, tan ingeniosa como erróneamente, que un español, Santo Domingo, había sido el creador del monstruoso tribunal de la Inquisición y que solo á otro español, el Conde de Aranda, podía caberle la temeraria gloria de su extinción y ruina. Parangonando,—error aparte—podría asegurarse en nuestro caso, que aquella esfinge sombría del rey fanático tachada de demoniaca por la Europa entera, necesitaba de un artista en armonía con ella, que supiese desentrañar su velada expresión. Este artista no podía ser otro que Pantoja.

Bien logró el pincel del Ticiano, atersado al emparearse de blandor ante tantas carnes bellas, interpretar la gallarda apostura, imperial y decorativa, del Cesar Carlos V. En el retrato ecuestre del Emperador, hay creación y verdad hermanadas genialmente por un espíritu que podía encarnarse en semejante obra. Pero este mismo espíritu no podía acertar al tratarse de obra tan opuesta á su genio como el retrato del frío constructor del Escorial. El colorido ticianesco tenía que fracasar ante la figura mate, la expresión apagada, los rasgos inacentuados del severo señor de la Europa. La verdadera fisonomía de Felipe II necesitaba ser estudiada lentamente, y más bien que estudiada, trabajosamente desentrañada; lo que solo Pantoja en su doble carácter de pintor, de Ayuda de Cámara regio, de persona en cierto modo cercana al monarca, podía realizar...

He hablado de rasgos inacentuados y expresión apagada, refiriéndome á Felipe II á quien se representa generalmente de dura y turba mirada, cuando no de maquiavélica y fosca expresión. No me detendré á demostrar el prejuicio que esto acusa. Lo único anormal del rostro filipesco podría hallarse en su prognatismo, característico á los monarcas de la Casa de Austria; pero nada de siniestro hay en él, sobre todo comparado con el de sus contemporáneos. Por que las fisonomías, como los hechos, la moral y las cos-

tumbres no hay que estudiarlas aisladas. Cada época tiene las suyas. El mundo clásico tuvo *su rostro*, como lo tuvo la Decadencia, el Renacimiento, ó la Conquista española, ó la Revolución francesa.... Y queda uno asombrada cuando recuerda las faces de los coetáneos del constructor del Escorial. Se diría que aquella política universalmente sangrienta, aquella exaltación y fanatismo generales alteraron hasta los rasgos humanos de sus actores principales. (1)

No ha sido hecho aún el examen crítico de los retratos que nos quedan del monarca. Mas por algunos atisbos podría sospecharse que pocos de ellos resistirían á una crítica. El tema por otra parte no es ni ameno, ni sencillo. No hay ni muchos ni muy verídicos datos, siendo muy frecuente tropezar con la más completa ignorancia entre los pocos que trataron el asunto. Creen los franceses—por ejemplo—valenciano á Pantoja; le buscan erróneas filiaciones; sostienen también que fué Antonis de Moor (nuestro *Antonio Moro*) el pintor favorito del rey, lo que demuestra cuan es grande la desorientación sobre el particular toda vez que se yerra en tan sencillos detalles. Y si se hiciese un estudio comparativo y desapasionado de los retratos extrangeros que existen: los de Moro (2); los del Ticiano (3); el de Rubens (4); el grabado en camafeo, de Jacopo de Trezzo—nuestro *Jacometto*—(5); los bustos grabados en las monedas españolas de los reinos de Cerdeña y Nápoles; Milán; condados de Flandes, Namur, Holanda, Zelandia, Artois; el Henao; ducados de Luxemburgo, Overissel, Brabante, Gueldres; señorios de Utrech, Tournay, Groninga; (6) ó las efigies del sello en que aparece en compañía de María de Inglaterra (7) se encontraría que ya la ad-

(1) Hay que recordar la nariz de Francisco I; el labio superior y la nariz roma de María Tudor; el perfil longinaso y astuto de Pío V; el orgulloso y soberbio de Catalina de Médecis; el caricaturesco del Sultan Selim II; la faz avinagrada de Carlos IX de Francia; la frente venosa de fanático de Francisco de Borja, etc. Desarrollo indicaciones hechas en las presentes líneas, en una obra en preparación.

(2) Uno en Madrid y otro de la colección de Lord Spenser, que figuró en la Exposición de Manchester en 1857.

(3) Uno en Madrid, otro en Nápoles y otro en el Museo Pitti de Florencia.

(4) *Felipe II coronado por la Victoria*, en Madrid.

(5) En Florencia.

6 y 7) Pueden verse reproducciones en la obra de H. Forgerón *Historia de Felipe II*, y algunos originales en la admirable *Sección de numismática* del Museo arqueológico de Madrid, etc.

miración diplomática, ya la prevención religiosa y política entremezcláronse consciente ó inconscientemente en las obras de artistas muchas veces insignes, con detrimento palpable de la verdad. Felipe II tenía que ser en su época, como aún lo es hoy, execrado por la mayor parte de la Europa. Temido y odiado casi en general. Y no son el respeto, ni el odio, auxiliares propicios para la fácil, espontánea y libre manifestación artística... Aparte de que siempre quedaría el problema de la comprensión de una de las más complicadas fisonomías que haya habido—exterior de un espíritu que pareciera haber querido ser impenetrable.

Voy á comprobar y completar mi modo de ver con una opinión que debe merecernos respeto: la de aquella inteligente y fina observadora Condesa de Gasparin, que en su obra aún hoy interesante *Paseo por España* estudia el arte hispano y por un azar provechoso para nosotros se detiene sobre el propio tema que estudio, diciendo lo que transcribo:

He aquí á Felipe II en figura de Adonis: otro Ticiano. El rey cristiano se aparta de los brazos de Venus con una solemnidad algo embarazosa y enfática que hace más extraño el contraste burlesco, si no fuese siniestro, de las gracias del amor con aquel carácter metódicamente cruel, que había tornado de Carlos V la tenacidad, dejando la grandeza y desdénando la generosidad.

Más allá, Felipe II presenta á la Fama, su hijo Don Carlos. No podemos menos de estremecernos. ¿Que ofrenda! ¿Sabía el rey Felipe, cuando se hacía pintar en aquella apoteosis que la Fama aceptaría en efecto su oferta y se ocuparía algún día de aquel niño y contaría las crueldades del padrasto y descubriría el hipócrita infanticidio y presentaría el alma de aquel joven endurecida é irritada por atrocidades suaves, tranquilas y que la locura y la misma perversidad de la víctima serían estigma eterno en la frente del padre y en el reinado del monarca?

El genio del Ticiano estrellóse contra esa figura cautelosa de Felipe II. Trató de producirla, repitió su ensayo; pero nunca pudo comprender su secreto...

Aquel hombre complejo, rígido y libertino á la vez, metódico y ardiente, cruel por deber y por afición, obediente á la Inquisición y resistiendo á la Iglesia; aquel carácter en el cual todo se subordinaba á la astucia; aquel extraño y siniestro personaje ¿conocía acaso él mismo los misterios de su individualidad?

Pantoja, menos contenido que el Ticiano por las conveniencias cortesana, nos ha dejado una imagen más inyerna de Felipe II.

Ahí está, ante nosotros, el monarca vicioso y devoto, cubierto con su negro bonete, á la manera de los dervises. El semblante tan pronto parece malicioso como beato. El labio es sanguinario, como el de los Borgias; el color rubio de los cabellos llega á hacerse gris; la barba sobresale, recordando la de su padre; los ojos, sin luz, son de un azul pálido, tras del cual no se ve nada. Discretos é indecisos, recuerdan esos vidrios rayados y nebulosos que permiten al que está dentro de casa ver lo que pasa en la calle y no le dejan ver al transeunte lo que ocurre en el interior. ¿Es ese el rostro de un pobre hombre ó el de un asesino? Nadie lo adivinaria.

No creo necesario hacer notar cómo á través de la delicadeza que revelan las palabras que anteceden podría columbrarse un poco de ese prejuicio ó mejor, mal juicio que es la nota característica de la mayoría extranjera cuando habla del gran déspota. Pero nada importa esto para lo que la simpática Condesa dice tan bella y oportunamente sobre nuestro tema y acerca de Pantoja cuya popularidad europea mucho tiene y tendrá que agradecer á la amena escritora.

Mas para poder continuar, ya se hace preciso que consagremos algunas palabras al regio retratista, cuyo «Felipe II» tuvo el privilegio de llamar la atención de la Condesa viajera.

Don Juan Pantoja de la Cruz, nació en Madrid, en 1551 y murió hacia 1609. Pintor y Ayuda de Cámara de Felipe II y protegido suyo, por alguna faceta su arte, tenía que ser armonizable con el espíritu del gran dominador. Pantoja fué concienzudo, analista y religioso. Tal vez fuera este el nexo aclarador. Su especialidad fué el retrato, que supone observación, espíritu psicológico, análisis, exactitud. Aunque discípulo de Sanchez Coello y por tanto conocedor del Ticiano, no heredó la frescura, ni el colorido, ni aquella grandeza renacimientina del maestro.

Pantoja en pintura, tenía que recordar á Herrera en arquitectura. Por ser de la época que fué, por pertenecer al medio que perteneció y por tener la clase de admiradores que tuvo, hubo de imprimir á su arte un tinte peculiar. (1) Y en él está su mérito. Observad que su dibujo es correcto; que sin ser pueril y minucioso acaba y remata sus obras y que es concienzudo y es técnico como lo demuestran la sabia tonalidad general

(1) Para los que amen las genealogías artísticas—útiles en verdad aunque no pocas veces problemáticas—diré que Pantoja arranca de la llamada *Escuela de Madrid*, que crea el inmenso genio de Velazquez. Sabido es que vencedora esta Escuela de su famosa rival sevillana, cae despues del gran maestro, en la forzada decadencia que debía suceder al esfuerzo inmenso del gran «teólogo» de *Las Meninas*, y que Blas de Prado, Pantoja de la Cruz («el último pintor de retratos, discípulo de Sanchez Coello») y otros, no logran sacarla de su apagamiento en el cual Claudio Coello—último retratista de ella—no es sino la postrer llamarada.

del conjunto y lo que los críticos llamarían sobrio empaste de los tintes en las carnaciones. Pero es frío y no tiene imaginación; es artífice pero no hubiera podido ser poeta. Interpretó la faz de Felipe II, pero no hubiera podido interpretar la de Quevedo. Arquitecto hubiera podido colaborar con Herrera en el Escorial pero jamás en aquellas endechas de piedra que nos dejaron los creadores de la ojiva. Poeta hubiera cantado como Klopstock pero no hubiera dejado entrever jamás su corazón en cuatro líneas como aquel encantador amigo de Montaigne, filósofo y enamorado á la par, que se llamó La Bôetie...

De nada le valieran al retratista madrileño las enseñanzas de sus maestros, fuera de la esfera de su técnica. No obstante ser discípulo de Coello que se formara en Roma de la herencia de Rafael y se completara en España en la de Antonio Moro; ó sea, no obstante haber recibido por dos corrientes principales las enseñanzas del Norte y del Sur de Europa, imprimió á su arte una sobriedad y severidad propiamente filipisca. Las carnes del Ticiano, carnes voluptuosas y vivas en las que se entrevé el movimiento, carnes «que tiemblan» en los muslos de sus Venus y que se agitan en los senos de sus cortesanas, fueron carnes adoradas antes de ser pintadas. Las del Pantoja nó. Su modelos fueron estudiados, «vistos», con la mirada poderosa pero fría de un analista, y nada más.

Al lado de Felipe II, Pantoja debía tener su pequeña leyenda y la tuvo. El aura del Monarca afectaba á los que les rodeaban. Así vemos que Lope de Vega en su *Jerusalem conquistada* en versos—medianos por cierto—incluye á nuestro artista entre los genios, en desacuerdo por tanto con la posteridad, que sin negar méritos indiscutibles, no llegó á tanto. Como justo premio, empero, á su verdadero talento gran nombradía debió alcanzar quien mereció de sus contemporáneos semejantes elogios. Aún desconfiando de Lope como crítico de arte no es despreciable el dato de que «el Fenix» cítase al pintor real junto á Zeuxis:

*Al pié de un lauro, tres sepulcro veo
en cuyo bronce perdurable escucho:*

«Apeles yace aquí: Zeuxis, Cloneo

JUAN DE LA CRUZ, Caravaxal, Carducho....»

Muchas otras citas hay. Sus retratos que le han consagrado á los ojos de los modernos, le proporcionaron fama maravillosa entre los antiguos...

Hasta Francisco Velez de Arciniegra, el interesante sabio toledano, en su curiosa *Historia* científica, incluye una anécdota—la del águila—que nos habla de esta fama. Según el célebre naturalista, había sido tomada viva en Madrid una espléndida águila, y deseoso el Rey de que fuese fielmente reproducida, encomendó el trabajo á Pantoja. Y aquí entra la leyenda. Tal semejanza, y realidad tanta, hubo en el trabajo, que el águila misma, engañada, hizo presa en el lienzo maravilloso. Cosas de la época y sin novedad además. El Águila de Pantoja es la eterna fábula de los historiadores de la pintura que no prueba sino la ingenuidad crítica de los antiguos amadores. Es la misma fábula de Zeuxis pintando unas uvas que los pájaros vienen á picar ó la de Parrhasios simulando una cortina que su rival quiere descorrer, ó la de aquel personaje retratado por Velázquez, al cual Felipe IV le habló tomándole por viva realidad (1) y otras muchas.

La verdadera prueba del mérito de Pantoja no está en tales consejas sino en que sus obras sobrevivieron á los protectores de ellas. Muerto Felipe el Grande, su hijo Felipe III, encargó á Pantoja le hiciese un gran retrato equestre para enviarle á Italia donde había de servir de modelo á una estatua real. El trabajo que acabó Pantoja fué en efecto á Florencia donde sirvió de inspiración nada menos que al gran Juan de Bolonia, autor con Pedro del Tacca, de la elegante y monumental creación conocida de todo el que haya visitado Madrid.

(1) Sobre esta y otras materias, con ella relacionadas, véase el interesantísimo *Arte de pintar* (Valencia, 1854) del célebre Mayans y Giscar. Cap. VIII: «Último estuerzo de la imitación que llega á engañar la vista».

En muchas obras puede estudiarse hoy á Pantoja. Pintor de Cámara, sus trabajos fueron bien conservados, descollando entre ellos los retratos reales.

Sus más célebres obras se conservan hoy en el Museo del Prado, á donde fueron trasladadas ya de las propias colecciones reales, ya del *Alcazar y Palacio de Madrid* cuando el incendio de 1734, ya del *Palacio del Buen Retiro*. Las del Museo son las siguientes:

Retrato de la Infanta *Emperatriz María*, hermana de Felipe II y esposa del Emperador Maximiliano II; en pié, junto á un sillón de nogal. Representa á la augusta dama como copiada de otro lienzo que se figura clavado á un bastidor. (De la Colección de Felipe II).

Retrato de *Doña Isabel de Valois* ó de la Paz, tercera esposa de Felipe II; en pié, con la diestra en el respaldo de un sillón de brocado. (De la Col. de Felipe II).

Retrato de *la misma*; con la diestra en la basa de una columna y en ella un medallón con el retrato de su esposo Felipe II. (Del Alcazar real de Madrid).

Retrato de *Doña Margarita de Austria*, esposa de Felipe III; en pié, de negro, junto á un sillón de terciopelo granate. (De la Col. de Carlos III).

Retrato del *Emperador Carlos V*; en pié, de media armadura pavonada, bastón de mando en la diestra y en la cinta la siniestra. (De la Col. de Felipe II).

Retrato de la Infanta *Doña Juana*, hermana de Felipe II, Princesa de Portugal; en pié, bajo un dosel carmesí. (De la Col. de Felipe II).

Retrato de *Hombre*; de negro y con la Cruz de Santiago. (Salvado del incendio del Alcazar).

Retrato de *Señora*; traje del tiempo de Felipe III.

Retrato de *Felipe II, anciano*: sentado, con traje negro, de ropilla capa de raja, y sombrero de rizo, puesto. La diestra en la voluta de su sillón y en la siniestra un rosario. Media figura de tamaño natural. (De la Col. de Felipe IV, y del Real Alcazar. De 0.88 de alto por 0.59 de ancho).

Retrato de *una dama*; traje lujoso de la corte de Felipe II.

El Nacimiento de la Virgen. En el fondo Santa Ana en su lecho y en primer término la recién nacida entregada á varias damas. Dos de ellas lujosamente vestidas á la usanza del Siglo XVI. Algunas de las figuras son retratos de personas de la Real familia de Felipe III. (De la Col. de Carlos II).

El Nacimiento de Cristo. Representación de la conocida escena. A uno y otro lado del grupo principal, personas figurando jóvenes pastores, algunos de los cuales tocan diversos instrumentos. Se reconoce en ellos—como en el cuadro anterior, del cual es compañero—algunas personas reales de la familia de Felipe III. (De la misma procedencia).

Cítanse asimismo con las anteriores obras, las siguientes, alguna de ellas repetida: Retrato de *Ruy Perez de Guzman* hecho para el *Monasterio de Sta. María la Real* de Nájera; otro del gran músico clásico *Maestro Salinas*; los de *Carlos V.* *Felipe II* y *III* de la Biblioteca del Escorial; y las conservadas en la *Iglesia de la Misericordia* y *Capilla del Tesoro* de Madrid; *Hospital General* de Valladolid; *Catedral* de Segovia y *Convento de la Merced Calzada* de Sevilla, etc., etc.

Viriato Diaz-Perez

(Concluirá)

LA LITERATURA ESPAÑOLA

DEL MOMENTO ACTUAL

III

Francisco Acebal es el cantor de los humildes en la novela española. Después de algunas novelas de Galdós, no se había hecho otra labor semejante de descombramiento en una capa de la sociedad. Baroja es el poeta de los bajos fondos; Acebal el de los terrenos medios. Llanas Aguilaniedo, (un buen novelista psiquiátrico, cantor de anomalías y de excreciones sociales), ha protestado contra este honor concedido á las clases medias al introducirlas en el dominio del arte. Pero, los héroes de *Navegar pintoresco* ¿qué son sino burgueses mezquinos, con la diferencia de ser neuróticos y enfermos? Siquiera los de Acebal llevan generalmente una vida saludable. No hay, pues, justo tí-

Al terminar la publicación del presente trabajo repetimos lo dicho antes de ahora, sobre su autor:

«Los trabajos emprendidos hace algun tiempo por esta REVISTA, encaminados á estrechar nuestros vínculos de amistad con los escritores de allende el Oceano, comienzan á dar brillantes resultados. Escritores de nota como Hugo Kosterka, de Austria; E. Marcault, de Francia; Carlos de Mesquita, de Portugal, y otros, de más nombradía en América, han nos prometido colaborar, uniendo sus esfuerzos á los nuestros, para hacer de la REVISTA DEL INSTITUTO PARAGUAYO una publicación digna de los esfuerzos que vienen realizándose en pro de ella.

Hoy es PEDRO GONZALEZ BLANCO, uno de los críticos españoles más jóvenes y ya hoy más conocidos, quien nos honra enviándonos un trabajo que la intelectualidad del país sabrá apreciar sin comentarios. GONZALEZ BLANCO—miembro el más antiguo de una trilateralía famosa en Madrid y el más laborioso de una pléyade creadora y sosten del renacimiento actual—envió el trabajo que hoy inserta nuestra REVISTA al ilustre escritor colombiano *Santiago Perez Triana*, quien, en nombre del autor, nos lo envía desde Londres. (D.-P.)»

tulo para protestar en nombre de Nietzsche de que se introduzca en la novela una clase que es un poderoso elemento en la sociedad de hoy. Eduardo Rod protestó también una vez ante la literatura francesa de que los jóvenes malgastasen sus fuerzas y su talento en estudiar un mundo bajo y unas almas humildes, que, según él no tenían nada de novelables. Pero es que Eduardo Rod fué siempre un novelista de instinto aristocrático, de temperamento fino, con una gran sutileza para todos los matices de la vida moderna, como Bourget. Y estos novelistas un poco aristocráticos son temibles en metiéndose á críticos de otros que se quedan más abajo.

Acebal, á pesar de estos nietzschianismos que le atajaban el paso, ha seguido imperturbable su camino (roturar el terreno de las clases medias y abonarlo para que aproveche á los fines del arte, es su misión) como el varón justo de Horacio, á quien,

impavidum ferient ruinae.

Guy de Maupassant, que es, según él mismo ha declarado, uno de sus autores favoritos (1), y que ocultaba, bajo su capa de naturalista superficial y aún rastrero, un psicólogo agudo y un pensador altamente metafísico, ha dicho unas palabras que resumen el credo de Acebal en materia novelesca: «El novelista que pretende darnos una imagen exacta de la vida, debe evitar con cuidado todo encadenamiento de sucesos que puedan parecer excepcionales. Su objeto no es narrarnos una historia, regocijarnos ó conmovernos, sino obligarnos á pensar, á comprender el sentido profundo é íntimo de los hechos. En fuerza de haber observado y meditado, mira el universo, las cosas, los acontecimientos y los hombres de una manera que le es peculiar y que resulta del conjunto de sus observaciones. Esta visión personal del mundo es la que intenta comunicarnos reproduciéndola en su obra (2)!»

Acebal es pausado, metódico y contenido en su labor. No es de los fogosos, de los borboteantes; no es, por eso, de los que llenan páginas y páginas con

(1) Véase el sobrio y discreto prólogo á *Huella de almas*.

(2) *Pierre et Jean: Preface*.

esa verborrea de grafómanos que ya irritaba á Voltaire antes de haber indignado á *Fray Candil*. Ha escrito pocas obras; però todas dan la impresión de un hombre bueno y plácido, entregado á su arte y á su amable vida, que no cree en la solución de los grandes problemas que atormentan á la Humanidad hace muchos siglos y que piensa resignadamente (y con un escepticismo muy dulce) como Alfredo de Musset (*La Nuit d'Août*.)

L' homme n'a su trouver de science qui dure que de marcher toujours et toujours oublier.....

Después de haber pasado en su juventud por el periodismo, trabajando en *El Español*, obtuvo un triunfo literario con su novelita *Aires de mar*, premiada en el Concurso de *Blanco y Negro*. Es la visión de una existencia plácida de muchachita provinciana, que vive frente á los muros mohosos y seculares de una catedral, y que un día es perturbada por un amor loco é imposible. Luego publicó *Huella de almas*, estudio psicológico de una vida humilde, y sin embargo, llena de *acontecimientos internos*. *Dolorosa* es la novela de un artista neurasténico que saliendo también de las clases medias, se remonta á las clases elevadas. *El Calvario*, su última novela (1) es, como ha dicho muy atinadamente José Francés, la novela de los *aucells de fang*, de quienes escribió Rusiñol que «son los equivocados, los que tienen alas sin pluma, los que sintiendo ansias de volar, tienen un peso que se lo impide: el barro de que están hechos, aquel barro con que Dios modeló al hombre.» Ha publicado Acebal, además de esto, volúmenes de cuentos: *De buena cepa* y *De mi rincón*.

Para escribir sobre el sutil artista Gregorio Martínez Sierra sería menester anticipar que es el prosador de gusto más refinado que tenemos entre los jóvenes. Para él parecen escritos estos inmortales párrafos de La Bruyère en *Les Caractères ou Les Mœurs de ce siècle*: «Hay en el arte un punto de perfección como de bondad ó de madurez en la naturaleza: el que lo siente, y lo ama tiene el gusto perfecto; el que no lo

(1) Ha sido publicado en 1906 por la casa editora Montaner y Simon, de Barcelona.

siente, y ama más allá ó más acá tiene el gusto defectuoso. Hay, pues, un buen y un mal gusto y se disputa de gustos con fundamento». Martínez Sierra nunca ha ido más allá ni más acá de esa línea del gusto que se señala á sí mismo todo intelecto agudo. Así, entre una legión de jóvenes intemperantes y agresivos, se ha distinguido siempre por su mansedumbre, por su pulcritud y por su discreción. ¿Qué ha dislocado algo las palabras al formar periodos? Conformes; pero cuidando siempre de que la membratura del discurso conservase la proporción que le es adecuada. ¿Que á veces se ha excedido en la expansión del sentimiento? Bien; pero en cambio, nunca ha prestado su concurso á este torneo de paradojismo *epatant* en que los jóvenes atletas del pensamiento rompían con todas las leyes del armonismo clásico.

Martínez Sierra es un dilecto de los dioses del arte, que bebe la ambrosía y la miel en la copa propia de los grandes festines, no en el averiado vaso que se sirve en ciertos tabernuchos y covachas del arte. ¡Copa bien tallada y torneada! *Si no fuese por el arte de bien decir ¿en qué nos distinguiríamos de los bárbaros?* solían exclamar los griegos. Martínez Sierra, es, en nuestros días, el escritor más amante de la preciada sobriedad y elegancia clásica. Es un griego redivivo; un griego, como el maestro Rodó de quien Martínez Sierra ha aprendido la ática sencillez y noble concinidad del lenguaje. Y todo esto, sin esfuerzos atroces de lima, sin llegar jamás á la hosca misantropía, al absurdo aislamiento de los Goncourt, v. gr., que por escribir, perdieron su vida (¡y aquí sí que no es siquiera como se dice en el bello adagio latino: *et propter vitam vivendi perdere causas!*) y que, como dice muy bien Gómez Carrillo, «casi no fueron hombres; fueron literatos (1)». Antes bien, él guarda siempre, en medio del

(1) «Es preciso—dijeron al principio de su carrera—abstraerse de las tristezas, de los fastidios, de las tribulaciones y de las angustias de la existencia para llegar á la serenidad cerebral propicia á la labor». Uno de ellos dijo del otro: «Aún le veo leyendo las cuartillas, escritas en común, y que al principio no nos habían satisfecho; le veo limarlas, pulirlas durante días enteros con una paciencia irritante cambiando aquí un epíteto, allí una frase mal rimada, más allá un jiro seco; le veo fatigándose y gastándose el cerebro en busca de esa perfección tan difícil, tan imposible de alcanzar con nuestra lengua francesa en la espresión de sensaciones y de cosas modernas. Despues de tal labor, quedábase como muerto en un sofá. Solo tenía vida para fumar. Cuando escribíamos, nos pasábamos hasta una semana sin salir sin ver á nadie. Ese es el único medio de hacer algo bueno. «*El Modernismo; El arte de trabajar la prosa artística*, pág. 243.

desequilibrio y de la exhaución que produce la labor intelectual moderna, una serenidad envidiable, y podía decir con Baudelaire,—tambien un decadente que á ratos se sentía sereno:

*Ye veux, pour composer chastement mes eglogues,
coucher auprès du ciel, comme les astrologues,
et voisin des clochers, écouter, en rêvant,
leurs hymnes solennels emportés par le vent.....*

En la personalidad de Martínez Sierra, es quizás lo más interesante, la evolución prodigiosa realizada en su manejo del idioma. ¿Qué semejanza hay entre el estilo endeble de los *Diálogos fantásticos* y el lenguaje terso é inmaculado de *La FERIA de Neuilly*? El autor de *Flores de escarcha* era un joven enamorado del arte, que manejaba la rima con deficiencia y componía versos de una corrección aceptable, pero á veces de una frialdad demasiado rebuscada. El autor de *Sol de la tarde* es un prosista flexible, macizo; un fantasista adorable, que pone en tortura su sensibilidad para encontrar imágenes nuevas; que crea una prosa artística, única por su pulidez. ¡Cuán sorprendente cuanto encierra el tránsito del hombre al niño, y más cuando el hombre y el niño son un solo y mismo artista!. ¿Os parece el mismo, no obstante, el autor de *El Poema del Trabajo* y el de *Motivos*? Como ha dicho él con donosura (1), cuando escribió el primero, se le llenaba la casa de socialistas, y anarquistas. Estos sectarios,—que si poblasen la naturaleza, harían que esta no fuese incompleta según una frase de Renán, «inconmovible como una montaña»—estos sectarios ignoraban, pues, que Martínez Sierra es ante todo un puro artista, á quien solo el arte preocupa, y para quien nuestros padres son unos señores que han pasado medio siglo disparando odas y tiros en las barricadas callejeras. Según su concepción del estilo artístico, un libro debe ser pulido y acabado como un mármol de Paros, para decirlo en frase de Alfredo de Vigny. Para corregir la equivocación de esos hombres

(1) En su hermosa autocrítica titulada *El Madrigal Nuevo*. (Serie de Conferencias organizadas por Doña Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid).

obtusos empotrados en sus convicciones, y que le llamaron traidor, Martínez Sierra, con su *mente loca*,—pero loca de puro artista, ó más bien loquilla, como las marisposas que revolotean por todos los prados,—escribió una novela de locos reales, de dementes encerrados en un manicomio. Se titula *Almas ausentes* y es un alarde de psicologismo psiquiátrico. Ahora no le vale protestar del adjetivo técnico; porque estoy muy distante, en estos momentos, del Dr. Máx Nordau. ¿Y como no? Tengo el alma inundada de sol al releer la obra de Martínez Sierra; todo es en ella sol, refulgencia: sol que se quiebra sobre los haces de trigo, sol de siega, sol de Julio, sol castellano.... Y entrelazado con esto, como en—*Sol de la tarde*—el idilio de una niña ciudadana con un atezado mocetón del campo. Y la tristeza de la vida oscureciendo un poco, al final, el sol de aquella temporada veraniega. *Pascua florida* es una novela «corta y moral» pero no como las fábulas de Esopo,—es una flor humilde crecida en las bravías y ariscas cuevas de una sierra. Idilio manso, dulce, que sabe á geórgica; idilio de Dafnis y Cloe, sin desnudeces y sin efebismos. Una maestra de escuela; chiquillos saltando entre la nieve; y campanas de Resurrección,—aquellas campanas que decían á Fausto la alegría de la vida. *Sol de la tarde* es la obra de madurez de Martínez Sierra. Es la conquista del estilo moderno; es la elevación del autor al rango que ocupan en la literatura de hoy nuestros dioses mayores....

....¡Y luego siguen tan bellos libros! porque Martínez Sierra nunca desmaya y trabaja siempre!.... Como novelas completas, acabadas, novelas realistas como las que amaron nuestros padres, deben citarse en primer término, *La humilde verdad*, adorable obra, que toma el título de la célebre frase de Maupassant, el gran realista; una novela de estudiante y de hija de patrona, una novela madrileña, un poco maleante y de picardía, y siempre con la tenue velatura-violeta que da Martínez Sierra á sus más pomposos florecimientos naturalistas; y luego, nos acordaremos de *Tu eres la paz*, obra algo más convencional y hecha *ad hoc*, pero con páginas muy bellas. En trabajos de crítica, pero de crítica lírica, de crítica fragante y mimosa, de crítica

primaveral, y sin hosquedades profesionales, Martínez Sierra lleva publicadas las siguientes obras: *Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernhardt*, *La tristeza del Quijote* y *Motivos*, uno de los libros que él más ama y con justo título. Como obras de fantasía y de alborozado lirismo, se recordarán siempre *Teatro de ensueño*, *La feria de Neuilly* y la poco há publicada *Idea ilusoria*, que es un libro de rosas y de músicas, de claveles y de besos, pretexto para que Laura Albeniz, la gentil artista, luzca sus talentos de dibujante.

Mauricio Lopez Roberts ocupa ya un puesto de honor en la novela contemporánea. Su primer volúmen era la obra de un maduro artista, que ha laborado en silencio y ha ejercitado su espíritu antes de sacarlo al exterior, como los buenos acróbatas se instruyen en su retiro privado antes de salir á la pista.

Fué aquel libro un feliz augurio de buenas cosas futuras. Lo componían tres hermosas novelas cortas: *Las de Garcia Friz*, *La Cantora*, *La familia de Hita*. Luego salió á luz *El Porvenir de Paco Tudela*, novela de un fracasado, que por vivir la vida turbulenta de Madrid, desdeña largo tiempo la felicidad que le ofrecen unos ojos bellos y cándidos. *La novela de Luis Arnaiz* es su obra definitiva, que le acredita de novelista fuerte, dominante, por el estilo de los grandes franceses de la época naturalista. Es el trastorno de la existencia de un mísero empleado por el encuentro de una herencia inesperada y por las malas artes de una mujer ávida y falaz. Hay en la obra una figura, la de Castita, que le basta á su autor para obtener el diploma de gran novelista. Es una figura acariciante, la de esa dulce adolescente tísica. *Doña Martirio* es una obra intensa, de seducción, cuya fábula se desarrolla en el ambiente místico y torturado de Toledo. Algunas descripciones de las bellezas antiguas que encierra la ciudad son muy notables. Conmovedora es la escena de la entrega de la vírgen en el jardín. *Las Infanzonas* son una colección de cuentos, algunos de los cuales dan una nota de arte realista insuperable. *El vagón de Tespis* es una novelista accidental y de menor importancia.

Con otros varios laboriosos artistas cuenta la novela española de hoy. Enumeremos en lugar preferente—

ya que la premura de espacio no nos permite ser más extensos y dar una lista más abundante—á Wenceslao Retana, autor de una novela muy verista, aunque á veces deliberadamente cruda, en que la figura de la protagonista resalta con trazos perennes; á Manuel Ciges Aparicio, cantor de dolores y de miserias, en obras casi siempre autobiográficas: *Del Cautiverio*, *Del Hospital*, *Del Cuartel y de la guerra*, *Del periódico y de la política* pero que interesan y apasionan al lector por la realidad de sus incidentes, la viveza de sus descripciones y el grandilocuente y trabajado estilo con que están escritas, Gabriel Miró, autor de *La mujer de Ojeda*, *Hilvan de escenas y Del vivir*, artista de apasionado anhelo de perfección, que maneja el castellano con maestría incomparable; á Salvador Gonzalez Anaya, poeta estimable y autor de *Rebelión*, novela hecha con un aplomo admirable y un arte que ya no parece de aprendiz; á Juan Blas y Uvide, novelista castizo y jugoso, renovador de la sana novela realista á lo Pereda; á Rafael Lopez de Haro, autor de *En un lugar de la Mancha*, con defectos de principiante, pero con aciertos de consumado novelista; y á otros más que ahora no cito y que harán un día reflorecer las glorias de la novela española.

IV

TEATRO

Alfredo de Musset, que era un espíritu atrasado y regresivo, aunque muy de poeta,—pues la verdadera poesía está siempre en el pasado, como ha dicho Anatolio France,—cantó una vez:

Vive le melodrame où Margot a pleuré!... Hoy el melodrama *malgré Musset*—ha pasado de moda. Este grito sincero del *pauvre Alfred*, nadie lo podría exhalar decorosamente á no ser en la galería; ese lugar abyecto. Pero hoy hacemos teatros para el pueblo....

El teatro de ideas priva hoy. Así dicen algunos; y no es cierto. El triunfo del teatro de los hermanos Quintero, no es ciertamente la victoria de un teatro ideológico. Con elementos poético-populares con extractos dramáticos arrancados á la *common life*, estos adorables comediógrafos han hecho su obra en España. Y del teatro con pretensiones ideológicas de Don Eugenio Sellés al teatro sincero, andaluz y sencillo de los dos hermanos ¿qué enorme ventaja diferencial media? ¿Qué persona de fino gusto vacilaría en la elección entre *El Nudo Gordiano* y *Las Flores*?

Lo que ha muerto, y bien muerto está, es el melodrama. ¡Qué lindo nombre tenía, por cierto; buena lástima fué que así lo bautizasen! El melodrama es la vida violenta y falsa llevada á la escena. Y eso nunca pude durar mucho; porque la humanidad necesita recrearse con sus propias representaciones.

Echegaray genio equivocado, precipitó el drama por los despeñaderos de lo absurdo y de lo artificioso. El diálogo, convencional; los personajes, muñecos, maniqués de una pieza. Eran los mismos parlamentos interminables y tiradas longitudinales del teatro antiguo. Eran metáforas hiperbólicas á estilo de éstas (Ruiz de Alarcón: *Las paredes oyen*).

Los arroyos que esperan ser espejos
en quien de esos dos soles celestiales
se miren los reflejos
transforman sus corrientes en cristales.
Y el agua, en cambio de besallos, grata
hace á tus blancos piés puente de plata.

O bien eran diálogos cortados, flores de ingenio, retruécanos, conceptuosidades, tales como:

Don Mendo—Esta es la Calle Mayor.

Don Juan—Las Indias de nuestro polo.

Don M.—Si hay Indias de enpobrecer;
yo tambien Indias la nombro.

Don J.—Es gran tercero de gustos.

Don M.—Y gran corsario de tontos.

Don J.—Aquí compran las mujeres.

Don M.—Y nos venden á nosotros.

Esto, en su época, tenía gallardía y nobleza. Era reflejo exacto de la sociedad en que se vivía. El teatro fué entonces, el más potente vehículo de comunicación de nuestra civilización indígena con la extranjera. Así dice Taine, poco hispanófilo por cierto, en su *Filosofía del arte*: «Considerad la España al fin del siglo XVI y comienzos del XVII; si leeis *El Lazarillo de Tormes*, las novelas picarescas, y si estudiáis el teatro de Lope y de Calderón y otros dramaturgos (1), vereis surgir ante vosotros las figuras vivientes, el mendigo y el caballero, que os pintarán al vivo todas las miserias, toda la grandeza y toda la locura de esta extraña civilización».

Lo que en esta época fué hermoso porque fué real, al ser renovado á fines del siglo XIX, después del teléfono y de los ferro-carriles, resultó desplazado y hasta algo ridículo. Por eso la inspiración de Echegaray es una inspiración genial, maravillosa, pero fuera de su tiempo. En las postrimerías de su carrera ha intentado acercarse á su siglo y anudar lazos con él transplantando á España el teatro de Ibsen y de otros dramaturgos escandinavos. Este ensayo ha sido fallido; y *El Loco Dios* es una prueba bien palpable de ello. Es un drama disparatado y loco...., todo él, desde el diálogo hasta los personajes; y que ni tiene viso alguno de similitud con las concepciones meditadas y razonadas, frutos de grandes concentraciones espirituales, que son todas las mejores piezas del teatro de Ibsen. Comparad *La Desequilibrada* con *Casa de Muñecas* ó *El Loco Dios* con *Hedda Gabbler* y vereis cuán poca semejanza hallais entre ellas.

A pesar de todo ésto, algunos dramaturgos (que ya van pasando á la categoría de maduros), pertenecientes á la generación anterior, como el catalán Guimerá y Joaquín Dicenta, se han confesado discípulos del autor de *Mancha que limpia*. Joaquín Dicenta, ha

(1) Estos dramaturgos, el crítico francés los suprime nominalmente por que no los conocía. Para todo amante de la lengua y literatura castellanas, los primeros en línea despues de los dos grandes Dioses (Calderón y Lope), son Molina y Alarcón.

seguido sus huellas en muchos momentos de su vida dramática. Es un discípulo, pero no servil. Tiene su gesto propio. Si obras como *Luciano* y *El Señor Feudal* son directamente oriundas del teatro echegarayense, en *Juan José* ha estudiado por cuenta propia el alma del pueblo y ha reflejado con exactitud los sentimientos de las clases bajas madrileñas. Si hay algo de populachero en Dicenta, hay, en cambio, mucha ternura y mucho santo afecto hacía los proletarios, muchas ansias de regenerar á las clases obreras, tanteos en busca de la panacea que ha de curar todos los males; aunque también algunas veces, desaciertos en señalar los remedios, escaso conocimiento de la etiología del morbo y por fin, un sueño luminoso de ciudad ideal, que acaso tenga su asiento en el país de la Utopía, porque el cerebro iluminado y ardiente de Dicenta siempre tiende á remontarse á lo alto. Todo esto resplandece por modo eminente en el drama *Daniel*, su última y acaso más perfecta de sus obras. Al decir todo esto, no quiero indicar que el mundo esté cerrado para Dicenta fuera del hemisferio obrero. Ha removido otras pasiones y ha escudriñado otros sentimientos. *Amor de artistas* representa la lucha de una mujer vulgar y de una actriz en el corazón de un artista. Con todo, aunque sus primeras obras (*Luciano*, *El Señor Feudal*) de gran empuje, y las últimas resulten ya productos de más amplia cultura y de más reflexión, Dicenta es y será siempre no solo á los ojos del pueblo, sino tambien de los críticos, el autor de una obra tipo, acabada en su género: *Juan José*.

El verdadero regenerador del teatro español moderno es Jacinto Benavente. Es la organización más compleja que hay entre nuestros artistas. No se propone empresas tan altas como aquellas del héroe de uno de los dramas de Alfredo de Vigny: *Leer en los astros la ruta que nos señala el dedo del Señor*. Es más modesto y se limita á sacar á luz las miserias de los hombres, sin pensar que la Providencia guie ya á la humanidad, como creía Bossuet. El credo de Benavente es algo nihilista, como el de todos los creadores de últimos de siglo. Cree en el Misterio, que domina al mundo; pero en un Misterio de Azar. La

humanidad está abandonada, sin saber de su origen ni de su destino. Un gobierno providencial es un mito creado por los profesores ortodoxos de Historia.

Y en esta incertidumbre filosófica, subsiguiente al derrumbamiento de las creencias religiosas, Benavente piensa que solo destacan ciertas pequeñeces, aquellas que Balzac llamaba *petites miseres* de la vida conyugal... y extra-conyugal. Por eso cifra su arte en reproducir estas bajezas, estas mezquindades del género humano que dan la medida del estado actual de la sociedad.

Benavente piensa—lo ha expresado en una de sus mejores obras *La Cursi*,—que ya no hay Homeros porque no hay quien se sienta Aquiles. El genio de hoy puede ser homérico por la potencia; pero en los asuntos que abarque ha de ser forzosamente balzaciano. Ha de escrutar lo pequeño y ha de ser el demógrafo de los miserables. Un genio (ha dicho Emerson) es el naturalista ó geógrafo de las regiones suprasensibles cuyo mapa graba. «Estas regiones varían y se dividen en zonas; así en la zona tórrida del espíritu no brotan los mismos frutos que en la zona glacial.

Benavente comenzó, como acostumbraban nuestros padres,—como el poco há nombrado Dicenta—por hacer, versos. Y hay algunos en su volúmen único de poesías que quedan resonando despues de leerlos por su frescura y ingenuidad. Hizo luego el *Teatro fantástico*, compuesto de piececitas dialogadas; un poco á lo Shakespeare y algo á lo Bandello. Es un guignol; pero el guignol de un pensador y para pensadores personajes en vez de ser muñecos son.... ideas encarnadas en personajes. Más tarde entró de lleno en la vida ambiente, en la vida exacta y sin fantasías, que sólo se adorna con las amplificaciones mentales de los que la vieren. Aquí su arte se eleva y su análisis se afina. Producto de esta labor demográfica y experimentadora, son las obras en que empieza á revelar un nuevo teatro á la sociedad española. Un teatro sencillo y sin complicaciones, claro, sin las pretensas nebulosidades de que al principio se acusa al modernismo, al impropio modernismo (en cuyas filas se quiso hacer entrar á Benavente). Las obras del gran maestro de la alta come-

dia moderna fueron una revelación y una sorpresa. *La comida de las fieras* resultó un alto triunfo de los pocos que registra el teatro español moderno. Todo en ella es de una lucidez poderosa: diálogo suelto, ironía fina, personajes *chic*. Los temas preferentes de observación para el autor de *La gata de Angora* son la vida de la clase media con pretensiones de elegancia y la aristocracia española. En *La Cursi* plantea unos cuantos problemas á cual más complejos é interesantes. La vida de las señoras del antiguo régimen, el *confort* moderno, los jóvenes que leen á Prevost y se sienten *blasès*, las muchachas que se educan á la inglesa, los ancianos que quieren sostener las tradiciones, los mozos que ya no luchan por la Libertad ni por su dama. Todos estos asuntos se debaten en la comedia, que es representativa de las obras de esta clase, porque apenas tiene acción y la fábula está disuelta y sin atadero; si bien remueve los espíritus y aviva las inteligencias suscitando mil indicaciones estéticas y filosóficas. Algunas de las obras de Benavente al estilo de esta, obedecen á un plan semejante al que sistemáticamente emplea, con mucho éxito, el gran dramaturgo inglés Bernard Shaw.

Entre las obras de esta primera época pueden recordarse como características *El Nido ajeno*, drama de intensidad tan humana que apasiona su sola lectura; *El Marido de la Téllez*, historia de un conflicto conyugal entre dos figurantes, de los cuales el marido es *actor-consorte*; *Gente conocida*, especie de revista humorística de la aristocracia madrileña; *La Farándula*, donde sigue el análisis de la gente de tablas; y obri-llas de poca monta, en las que, sin embargo, resplandece su genio alado de francés, de francés griego, si como dice Nietzsche, el pueblo que más se parece al griego antiguo es el francés moderno (1).

Se ha acusado á Benavente de plagiarlo. ¡*Infandum dictu!* No hay acusación más infundada. Que en sus obras hay semejanzas de procedimientos con los modernos dramaturgos franceses (Hervieu, Lavedan, Donnay,

(1) Recuérdense obritas tan acabadas en el género ligero como *Teatro feminista* y *Viaje de instrucción*; comedias tan entretenidas como *Modas*, y dramitas condensados, tales como *Sin querer*, *Por la herida*, *Operación quirúrgica*.

Brieux, Porto-Riche, etc.): que en sus obras se agiten á veces los mismos problemas que en las de aquellos; —esto no demuestra otra cosa sino que Benavente es moderno. Eso tiene de común con los decantados dramaturgos franceses: ser hombre de su tiempo. A los acusadores torpes é inciviles, él hubiera podido contestar con la frase de Molière (ese Molière de quien él ha traducido el *Don Juan* con cariño fraterno): *Yo tomo lo mio donde lo encuentro; ó con Shakespeare* (1), cuando le recriminaron por inspirarse en otros y tomar ideas y hasta frases ajenas: *Yo saco á una jóven de la mala sociedad para introducirla en la buena* (2).

Pero Benavente no es solo, como pudiera creerse, un analista que busca en todo el motivo de disección, un encarnizado, un sanguinario, en fin... Tampoco, es un ironista que ve la vida en perpétua burla. Todo esto lo es á ratos; pero su flexibilidad de artista le impide estancarse. Sabe también ser cordial; y sentir dentro de sí latir el dolor de la existencia y las amarguras de otras vidas. Baste recordar—con emoción siempre renovada—sus dramas de mudo y hondo tormento interior con cierto misterioso simbolismo moeterlinckiano (que consiste en sentir el roce del ala del Silencio y del Misterio que pasan), tales como *Sacrificios* y *Alma triunfante*. También ha sabido regresar á épocas pasadas y sentirse galante y versallesco, á lo siglo XVIII. Quizá es un espíritu como el de uno de aquellos dos galanes que Ruben Dario cantó en su hermosa poesía: *Era un aire suave....*

En su *Teatro fantástico* ya había cultivado este género. Más tarde, escribió *Amor de amar*, que es un encadenamiento de discreteos metafísicos y estéticos sobre el amor que de puro sótiles, ya casi se quiebran. El fondo es totalmente siglo XVIII, *Roi-Soleil*. Los favoritos componen otro cuadro ver-

(1) Benavente ha refundido de Shakespeare, con el título de *Cuento de amor* en tres actos, su hermosa obra *Twelfth night or what you will*.

(2) Es notable que los plagios que se imputaban á Shakespeare procedían principalmente de italianos. Cerca de tres siglos después, se había de acusar del mismo italianismo punible al mayor poeta inglés, después del gran William (en opinión de muchos), al poderoso Byron, de quien se dijo que había desvalijado á Pulci. Y cuando los franceses injuriaron á Musset haciéndole ver que plagiaba de Byron, el autor de *Rolla* descargó su conciencia echándole en cara al poeta de *Manfredo* este mismo dictorio.

sallesco. Ha traducido *Mademoiselle de Belleysle*, de Dumas. En colaboración con Alfonso Danvila ha adoptado á la escena española *Manon Lescaut*. Ama también Benavente las vidas amplias, generosas y desbordantes de los aventureros de pasados siglos. Nostalgia una existencia imposible en nuestra sociedad. *Richelieu* del distinguido novelista inglés *Bulwer Lytton* es otra de sus mejores traducciones. Pero lo que principalmente le interesa es su época. La siente, palpa dramáticamente, ó cómicamente. El *Automóvil* es una refinada obra cómica, donde sale á escena un tipo de marqués que en todas partes se siente *declasse y ennuyé* y que es acaso el *later-day representative man*. Toda esta obra esta impregnada de una modernidad insinuante. Cuando Benavente ve la vida en satírico, su fuerza mental se excede á si misma. Hay en sus diálogos un derroche de galanura y de donaire. Sabe reprimirse á tiempo para no ser obsceno pero es siempre picante. Obras de esta contextura (de crítica social, sin visos de sociología.... con gotas) son *La gobernadora*, *El primo Román*, *El tren de los maridos*, *El Hombrecito*, *Porque se ama*, *Al natural*.

Sus últimas producciones tienen un vuelo prodigioso y se mueven en un círculo vasto. *La Noche del sábado* es una monumental novela escénica, donde todo se realiza con grandeza, á veces con grandeza caída. Sobre una base de fantasía y de cuentos de brujas, Benavente construye el armazón de una clase social entera. Es el gran mundo de los príncipes libertinos, de las princesas-cocottes, de los artistas elevados á la aristocracia, de los grandes duques degenerados, que recuerdan aquel de Zola que rociaba el piano con *champagne*... *El Sayon de fuego* es un drama de fondo indio, con personajes fastuosos y decoración brillante. Este amor al exotismo, que le acerca á Kipling, es cosa nueva en Benavente. *La Princesa Bebé* es un drama de ideas, con miras al anarquismo intelectual; drama de envidia, ibseniano y moderno. Es la exaltación del amor libre y humano, en la forma más artística posible *Rosas de Otoño* es una obra de poeta, de poeta sutil y sensible, que llora por las hojas caídas y por las almas desesperanzadas.... *En*

Buena Boda se vuelve á la primera fase de Benavente; al satírico burlón que mira con lástima las pobrezaas de los humanos. Fuera del Teatro, Benavente ha escrito obras de psicología femenina tan definitivas como *Cartas de mujeres*, que algunos maliciosos quisieron que recordasen á Prevost... por el título; y *Figulinas*, retazos de vida madrileña y dramitas reducidos ó esbozos de comedias de la alta sociedad, en una prosa artística, algo desaliñada, pero muy revista. En fin, Jacinto Benavente es la figura predominante del teatro español.

Los hermanos Quintero han introducido la franca alegría y la sana jovialidad en el teatro. Han dado la nota del andalucismo, pero del andalucismo sobrio y sano, sin chulerías dislocadas. Ellos son, sobre todo, unos enamorados de las cosas alegres: del cielo azul, de los pájaros, de los niños, de las flores, de las muchachas bonitas. *¡Alegrémonos de haber nacido!* este grito, que exhala Consolación en lo alto de una montaña, al final de *El genio alegre*, es acaso el único aforismo filosófico de estos dos artistas ligeros y graciosos á quienes no debe preocupar máximamente el imperativo categórico. Caminan por la vida contentos de verla pasar como por un sendero florido y bordeado de zarzamoras... Marchan pisando rosas y riendo bajo el cielo azul.

Esta idea de la *joie de vivre*, (no entendida brutalmente á la manera de Zola), es la predominante en sus comedias más risueñas, más refulgentes, más humanas; como *Las flores*, *El nido*, *El Patio*, *Mañana de sol*, *El genio alegre*. La vida, en estas comedias, es una cosa fragante, como un clavel... Este es el sentido eudemonológico de los hermanos Quintero. La mayoría de sus comedias son una predicación de optimismo, una invitación á gozar de los bienes que la Naturaleza nos prodiga....

Pero hay una extraña autonomía en el temperamento artístico de los hermanos Quintero. Ellos, que alaban la existencia como un milagro, como un prodigio, como una claridad, como una joya, sienten todas sus miserias, todas sus tristezas, todas sus ridiculeces, todas sus ignominias. El sentido satírico de sus mejores obras bien lo demuestra. Así lo veis en *La vida íntima*,

colección de escenas de la mísera clase media lindante con la baja; en *Los Galeotes*, glosa arrancada á la vida del célebre episodio de la magna obra de Cervantes. El tipo de Jeremías, en esta obra, es inmortal. *El patio* es un maravilloso cuadro de costumbres andaluzas y parece la señal dada por los autores para hacer obra de arte regional y crear la comedia andaluza. Estudian aquí con preferencia á las clases acomodadas aunque en otras, como *Las flores*, sea objeto de sus cariños el pueblo andaluz; fanfullero, y llena de pájaros la cabeza pero bueno é ingenuo en el fondo. *La azotea* aunque más secundaria, es de gran interés para la producción total de los autores por este mismo empeño visible de crear la comedia andaluza. En *El Genio alegre*, esta creación del cuadro de costumbres llega á su plena realización.

Los Quintero, al igual de los grandes productores, no pueden presentar, como es natural, labor uniformemente acabada. Debutaron con juguetes cómicos que revelaban ingenio de muchachos de Instituto aprovechados, pero sin transcendencia alguna para la labor ulterior de los autores. De esta época son algunas piececillas en las cuales se entremezclan los chistes burdos ó paraisiacos, propios de jovenzuelos joviales, con ciertos toques de gracia fina que ya hacen sospechar el gérmen genial que se elaboraba dentro de ellos. Recordemos los títulos de estas obras del primer período: *Esgrima y amor*, *Belén*, *12, principal*, *Gilito*, *La media naranja*, *El tío de la planta*, *El ojito derecho*. La labor consciente y duradera de los dos hermanos empieza con *La Reja*, primera parte de esa trilogía de costumbres andaluzas que completan *La Azotea* y *El Patio*. Luego, los dos laboriosos hermanos no han cesado de producir. Claro es que han producido muchas obras que no pasarán, porque son obras de circunstancias ó encajadas en moldes estrechos ó hechas para teatros de género chico, á compañías anti-artísticas. Pero de este conglomerado de cincuenta y cuatro piezas de teatro que al presente tienen publicadas siempre resaltarán (aparte de las ya citadas comedias de gracia tan fina y corte tan elegante como *El Nido*) dramitas tan intensos como *La pena*, entremeses tan afiligranados como *El flechazo*, caprichos literarios

como *El Amor en el teatro*, que acusa en sus autores una gran cultura y una gran habilidad para el género de parodia; comedias de hondo pensamiento y severa enseñanza moral (sin ronquido predicatorio) como *La dicha ajena* ó de tanta fuerza realista como *Pepita Reyes*, que es un primor de observación, digno de un gran novelista; sainetes tan perfectos como *La Reina Mora* y *Zaragatas*. pastorales de sabor tan eglógico como *La Zagala*; obras, en fin, como *La casa de Garcia*, donde se retratan maravillosamente las pasiones, las rencillas y los chismes de los pueblos chicos; poemas como *El Amor que pasa*, la obra más artística que han producido sus autores, obra que deja un rastro de elegíaco sentimiento solo comparable á la huella de los grandes líricos; *Los chorros del oro* entremés de una inefable gracia y delicadeza; y *La Mala sombra*, caricatura de ciertas andaluzadas que ellos son los primeros en desechar por nocivas al buen crédito de la tierra....

Otras figuras van descollando ya en la escena española, renovada, de un lado, por Benavente y de otro, por los hermanos Quintero; con vistas al extranjero, en aquel; con arraigo nacional, y aún regional en estos; pero aún no han recibido la consagración plena del público. Solo nos permitiremos citar entre las más recientemente reveladas, á Martinez Sierra, que trabaja por cuenta propia y además hace obra de cultura y de modernidad traduciendo á varios autores franceses y al gran dramaturgo catalán Santiago Rusiñol.

V

CRÍTICA

Un autor francés, no recuerdo quién á punto fijo, indudablemente un autor cómico ó humorístico, y de seguro por molestar directamente [á algún crítico que le habría maltratado; dijo un día en tono despectivo:

La critique est aisée et l'art est difficile.... Esta estrofa, que rezuma mala fé, no tiene valor estético

alguno. Es simplemente un desahogo de bilis de alguien que, sin ser crítico, era constitucionalmente bilioso....

Los literatos españoles parece que siempre han entendido así la crítica, como un ejercicio fácil y sin importancia. Y porque así la han diputado, se han rebajado de practicarla; y como buenos acróbatas que quieren lucirse venciendo dificultades, se declararon por la creación, por la obra imaginativa. ¡Qué errores más graves cometen los entendimientos indolentes cuando abordan estos espinosos asuntos! Hay quien llama creación al acto de eyacular cuatro cuartillas de prosa ligera y amena en que no se dice nada, y que muchas veces es un parto de los montes... con mucho ruido y poco fruto: *parturiunt montes nascetur ridiculus mus*.... Y este mismo le negará el honroso título de creador á quien, á costa de muchos sudores y despestañamientos y mucha pérdida de fuerzas físicas, logra desentrañar la esencia de una escuela artística ó examinar á fondo la labor de un literato ó dar cuenta de la última obra de un autor.

Estos ignorantes desgraciados no saben las supremas fruiciones intelectuales que se encierran en la crítica (1); no saben que como Goethe ha dicho, todo hombre tiene horas de consciente y horas de inconsciente; horas de ebullición mental y horas de equilibrio, horas de inspiración y horas de estudio. El que desaprovecha estas últimas; y, cuando la imaginación se esteriliza, y la facultad creadora de seca, no agota el manantial de la facultad crítica, es tan digno de reprobación como el que deja pasar inadvertido el rayo de la inspiración, la fulguración instantánea, de que hablaba Skelley (y este sí que no desaprovechaba esos momentos y sabía ser gran poeta y gran crítico), en su preciso y definitivo ensayo *Defensa de la poesía*.

Sin duda por este prejuicio arraigado contra la facultad crítica, los literatos españoles se han cuidado poco ó nada de poner el pabellón crítico á la altura de los extranjeros. En el siglo pasado, durante el desenvolvimiento del romanticismo, mientras en Francia

(1) Emilio Faguet, un buen crítico francés del momento actual, ha llamado á la crítica *l'art de jouir des livres*.

reinaba un Sainte-Beuve, rodeado de otros muchos satélites, que no lograban empañar su brillo, (aunque algunos tenían la refulgencia intelectual de un Barbey d'Aurevilly, autor de la magnífica serie de trabajos críticos *Les hommes et les œuvres*);—en España, sólo resonaba la voz inmortal de Mariano José de Larra. ¡La voz satírica, amargada del ácibar de la vida, cuando apenas los labios acababan de gustar la leche y la miel de los senos maternos;—la voz humana, llena de tedio y de odio, de tristeza y de lástima;—la voz inolvidable del gran *Fígaro*, que seguirá resonando en los oídos españoles por espacio de muchos siglos!...

Posteriormente, con el advenimiento del naturalismo se avivó el sentido crítico, porque el naturalismo estaba enlazado con el positivismo, y este despertó el espíritu de análisis. El análisis mata el sentimiento; llegó á decir Stuart-Mill; y de aquí se dedujo que, cuando la sensibilidad se amortecía, debía reavivarse la agudeza crítica. De esta generación naturalista surgió el espíritu ondulante y flexible del inolvidable *Clarín*, digno sucesor de *Fígaro*. *Clarín*, que empezó siendo furibundamente zolesco, acabó en sus últimos años por una generosa reacción espiritualista. Su instinto crítico era poderoso; nunca se vió mayor intuición aliada á más cantidad de cultura. Fué injusta á veces en su sátira, hay que reconocerlo; pero aún entonces supo ser culto, humorístico, legible. En aquella misma época despuntó la personalidad del que había de ser después ilustre novelista Armando Palacio Valdés, que, en sus juventudes, inició, con su camarada *Clarín*, una campaña contra los dioses falsos de la pasada generación (los Grilo, los Fernández y González, los Pérez Escrich, los Blasco, los Pina, etc.); y en colaboración, escribieron un libro chispeante y hondo, que siempre se leerá con regocijo y con amor: *La literatura en 1881*. Palacio Valdés continuó después por algún tiempo, esta labor demoledora, transplantando á España el humorismo de Juan Pablo y de Heine. De esta época son sus obras: *Nuevo Viaje al Parnaso*, *Los novelistas españoles*, *Los oradores del Ateneo*. Pero más escéptico que su amigo necesitando menos que él del profesionalismo literario para la subsistencia material, abandonó el sendero de la crítica, donde solo se pisan

abrojos, se enreda uno con las zarzas del camino (1) y á cada dos pasos hay el peligro de que los salteadores le den á uno algún susto grave. En cambio *Clarín*, sin miedo á riesgos de ninguna especie, continuó su labor de espurgo. Limpió la literatura española de la inmundicias que entonces la llenaban; y á esta necesidad responde su labor de crítica ligera y satírica, de la cual, si mucho ha de perderse,—en la criba que el juicio de la posteridad hace siempre,—quedarán aún obras en que la alegría chocarrera brilla junto al ingenio fino y el rasgo artístico resplandece al lado del chiste popular. De esta labor quedarán obras definitivas como los *Solos de Clarín* y aún el libro más ligero que se titula *Sermón perdido*. Su labor más duradera fué, no obstante, la de los *Folletos literarios*, verdaderos museos escritos, donde la estética, la política, la filosofía y el ingenio se dan la mano. Perdurarán especialmente de esta colección *Cánovas y su tiempo*, *Apolo en Pafos* y *Mis plagios*. Pero *Clarín* no era un simple escritor festivo, de los de tres al cuarto. Realizó también una labor de crítica seria y razonada, hecha con admiración y con espíritu reflexivo. De esta obra, más duradera que el bronce, *ære perennius*, nunca sus sucesores podremos olvidar los *Ensayos y Revistas* y el hermoso folleto pedagógico: *Un Discurso*. Bueno será hacer constar también que *Clarín* fué un novelista de gran fuerza y, sobre todo, un cuentista inimitables. Séanme testigos obras como *La Regente* (novela); *Su único hijo* (novela); *Doña Berta—Cuervo—Superchería* (tres novelas cortas); *Pipá* (novelas cortas) y *El gallo de Sócrates* (cuentos).

No era sólo el gran autor de *Pipá* el que cultivaba por entonces la crítica, la alta crítica que *Clarín* manejaba tan bien, á despecho de los envidiosos. El catalán Isart (de quien habló muy favorablemente el mismo *Clarín* en sus *Ensayos y Revistas*) desarrollaba paradojas finas y suscitaciones artísticas en una prosa limpia y moderna. Menéndez Pelayo hacía crítica á su manera,—crítica universal é inactual,—cuando es-

(1) «Un crítico es una zarza en un camino; á todos los carneros que pasan quita un poco de lana». (Taine: *Derniers Essais de Critique et d'Histoire*, página 61; Paris, 1894.)

cribía sus *Ensayos de crítica literaria* y su *Historia de las ideas estéticas en España*, Doña Emilia Pardo Bazán abordaba la crítica, por no dejar campo de la literatura en que no pusiese su planta, y empleando procedimientos de erudito razonador y estético intuitivo realizaba su magna obra, por desgracia interrumpida, del *Nuevo Teatro Crítico*, trazaba estudios acabados de Dante, Rabelais y Montaigne, vulgarizaba la nueva escuela naturalista en *La Cuestión Palpitante*, y aún tenía tiempo para escribir sus *Polémicas y estudios literarios*. Don Juan Valera, en sus ratos de ocio, estudiaba á fondo la literatura nueva de los países de Sudamérica y escribía sus admirables *Cartas americanas*.

A pesar de todo esto, nuestra generación no recogió una herencia crítica muy opulenta. Y esta es quizás la causa de que, mientras la novela florece, como hemos visto, y la poesía sigue paso á paso la evolución europea, y el teatro no se queda atrás, la crítica se halla en una condición harto miserable. El recuento de críticos actuales será fácil y pronto.

Naturalmente, huelga advertir que omito á los sudamericanos, entre los cuales los hay tan maduros razonadores y elegantes estilistas como José Enrique Rodó, *Fray Candil*, Enrique José Varona, Carlos Arturo Torres, Alberto Nin Frías, Manuel Ugarte, José Lorá, Francisco García Calderón, Roberto Peyró, Arturo R. de Carricarte, Pedro y Max Henriquez Ureña.

Estoy tratando exclusivamente de España. Y triste es decirlo!: no es, sin duda, nuestra tierra terreno abonado para la crítica, puesto que hoy, con las facilidades que da la cultura moderna y los tesoros de información de que somos poseedores, apenas si podemos registrar tres ó cuatro nombres de figuras eminentes en la crítica. Y aún estos, son de literatos pertenecientes en su mayoría á la generación pasada, sin que entre los jóvenes descuelle ninguna gran esperanza.

Rafael Altamira es un erudito historiador y un crítico de arte de miras amplias y puntos de vista muy modernos. Su libro definitivo en este orden: *Psicología y literatura* merece por todos conceptos la consideración de los doctos. Francisco de Ycaza ha hecho tam-

bién trabajos analíticos sobre las novelas picarescas y disecciones de la labor de la Sra. Pardo Bazán.

Eduardo Gómez Baquero es un crítico serio, nutrido de cultura, sin dejarse transparentar muy al tanto de todo lo moderno, y que ejerce há mucho la crítica en la revista mensual *La España Moderna*, con aplauso de las personas discretas. Ha ocupado el puesto de *Clarín* en las reseñas bibliográficas de *El Imparcial*, aunque sin hacerlo olvidar. *Letras é ideas* es el único libro en que ha compilado trabajos de empeño.

Entre los jóvenes, despuntan Angel Guerra, impresionista vivaz y ondulante, de cultura extensiva, aunque un poco superficial y nada intensa; José Francés, joven de brillante pluma y fino talento de artista; Emiliano Ramírez Angel, que ha publicado en la revista *Nuestro Tiempo* algunas importantes reseñas bibliográficas, hechas con gran esmero y con atisbos críticos muy perspicaces.

Y encomendándome á la indulgencia de mis lectores, me permito citar el nombre de mi hermano Andrés, autor del libro *Los Contemporáneos* (Garnier, Editores; París, 1906) y sobre el cual me reservo el juicio crítico, porque la familiaridad y el cariño fraterno empañarían la visión serena...

* * *

«Se escriben aquí y en América, y hasta en Francia y en Italia, libros y artículos en que se quiere pintar como floreciente nuestra vida intelectual, sobre todo la de fantasía; y tanto por llevar adelante este propósito, como, á veces también, por lucirse demostrando grandes conocimientos y rica erudición en el asunto, se acumulan nombres y nombres, y parece el mejor crítico, el historiador mejor informado, el que hace listas más largas de Gómez, Pérez, Sánchez y Rodríguez líricos. Esta clase de crítica se parece á la *literatura de cátedra*, la cual, fuera de contadísimas excepciones, suele estar encomendada á muy apreciables caballeros que hablan de poesía como podrían hablar de enjuiciamiento criminal; y estos tales también se muestran

propicios á las enumeraciones largas y sin duelo, de vates pasados y presentes, cuyos nombres sirven, ya que no para *enriquecer*, como dicen ellos, el *Parnaso patrio*, para demostrar la buena memoria y tenaz aplicación de los disertantes (1)».

Me apoyo en estas palabras de *Clarín* para justificar mi procedimiento en los artículos que preceden. «No me he picado de hacer enumeraciones largas y sin duelo»; y los Sánchez, Pérez y Rodríguez... y otros innominados no quedarán satisfechos de mi sistema. He tratado, más bien, de dar una idea lo más esquemática y escura posible, del estado actual de la literatura española. Para ello he procurado destacar las figuras más relevantes de la literatura presente, he señalado las tendencias y direcciones predominantes; he indicado los progresos realizados en la novela, la poesía, el teatro y la crítica. Creo haber cumplido con eso mi deber de crítico honrado y sin aprensiones. He querido que los lectores de lengua castellana en los países sudamericanos formasen una noción clara y precisa de lo que es *la literatura española del momento actual*. Esta literatura la constituyen las grandes figuras por mí estudiadas, que son su máspreciado adorno; y los incipientes jóvenes laboriosos, que se sienten con anhelos para escalar el puesto que ahora ocupan los primeros, por aquello de que *prior temporis potior jure*. Y para dar esta idea cabal y exacta ¿qué falta nos hacen los vates canijos, los críticos endebles, los novelistas sin médula y los *currinches* del género chico? No me he preocupado de ellos para nada. Siempre tuve en cuenta aquella exclamación del sabio Lavater: «¡Preserve Dios de los inútiles lecturas á aquellos á quienes ama!».

Pedro González-Blanco

Madrid, Julio 1907.

(1) Leopoldo Alas: *Ensayos y revistas*, pág. 263.

Á PROPÓSITO DE AMERICANISMOS

I

Al recorrer el texto de las obras publicadas en este primer tomo de los *Anales*, he tropezado (digámoslo así) con cierto número de palabras extrañas al español clásico: de procedencia visiblemente indígena algunas (sobre todo quichuas ó guaraníes; otras, de dudosa estirpe, pero que, por su aspecto arcaico ó su adaptación local, suelen incluirse en el grupo harto clástico y arbitrario de los llamados *americanismos*. Con ayuda de los vocabularios, he señalado de pasada el sentido de las primeras, lo cual no ofrece gran dificultad ni tiene (para los argentinos, al menos) mucha importancia. La presencia esporádica de vocablos puramente indios, tales como *puma*, *aguará*, *curupay*, *libes*, *tambo*, *ñandú*, etc., etc., que designan animales, plantas ú objetos de la tierra, no influye en la textura idiomática, ni tiene alcance mayor que su dominio agreste, más y más reducido ó transformado por la civilización ambiente. Intactos, ó poco menos, y nunca asimilados, se mantienen extraños al organismo lingüístico nacional, parecidos á las piedras ó bujerías indigestibles que el avestruz colecciona en su estómago.

Ocurre lo contrario con ciertas vces híbridas, españolas por su origen ó flexiones, americanas por su significado y empleo, pero al cabo incorporadas á nuestra lengua usual, y que, tachadas de espurias por la Academia, pugnan por obtener su carta de naturaleza lisa y llana, sin nota despectiva que las aprisque en un *ghetto* del léxico, á semejanza de los judíos tolerados en la ciudad cristiana.

Esta clase es verdaderamente interesante, como que, á más de constituir el arsenal de los fatuos que persiguen un triunfo en la *babelización* del español americano, suministra no pocos indicios y materiales de gran precio para la historia evolutiva del lenguaje. No necesito decir que al coordinar en este *Apéndice* las notas marginales que una docena de «americanismos» me han sugerido, no pretendo tratará fondo esta materia. Me limito á ensayar la aplicación del mismo instrumento crítico á otro asunto, para que el lector aprecie libremente los resultados. Es mi creencia que si el experimento se extendiera á la clase entera, en lugar de atenerse á unos cuantos casos particulares tomados como espécimen, se demostraría: á los lexicógrafos de aquí, que el dominio «criollo» no es tan vasto como parece; y á los de allá, que muchos vocablos, proscritos por advenedizos ó dejados en el umbral del *Sanctum Sanctorum* académico, son tan castellanos como la Puerta del Sol, no teniendo de argentinos ó peruleros más que su aspecto exótico, achaque natural después de tan larga ausencia. Pero, me bastará, hoy por hoy, que al través de esta plática familiar, llegue á traslucirse cómo podría la etimología dejar de ser la cosa pueril y ridícula que bajo ese nombre se conoce entre nosotros, fundándose al fin como un estudio útil y serio.

Cada uno de estos pueblos hispanoamericanos tiene fabricado su vocabulario de *ismos* locales, más ó menos acertado (1). Casi todos estos repertorios presentan confundidas estas tres materias distintas: 1ª el grupo regional de las voces propiamente indígenas, en que poco se adelanta á los trabajos de los misioneros; 2ª una colección de modismos locales, es decir de barbarismos castellanos, casi todos traídos de la Península, especialmente de Andalucía; 3ª un florilegio de etimologías conjeturales, en cuya abigarrada procesión suelen desfilar los mismos vocablos, derivados inevitablemente del nahuatl en México, del quichua en el Perú, del tupí en el Brasil, del araucano en Chile, y de cualquiera de los cuatro en esta república. Sólo con esta última parte, á la verdad la más importante y arriscada de todas, tienen relación las páginas presentes.

(1) Cumple decir que el *Vocabulario Rioplatense*, de don Daniel Granada, á pesar de sus errores ó deficiencias, es uno de los más interesantes y atinados al método histórico que aquí se recomienda. También es muy apreciable el *Diccionario brasileiro* del vizconde de Beaurepaire-Rohan; el de *Chilenismos*, de don Zorobabel Rodríguez, no carece de mérito, y lo tendría mayor si se lo despojara de ese gracejo de castellano viejo, que rebaja á la ciencia hasta la charla de sobremesa. Las conocidas *Apuntaciones* de don Rufino Cuervo casi se mantienen en el terreno gramatical; y huelga decir que, como Baralt, el purista bogotano se muestra mucho más papista que el papa, tachando de americanismos locuciones que figuran en los clásicos, singularmente en los autores picarescos. No merece mención una rapsodia reciente, en que la ignorancia absoluta del asunto comenzando por el castellano toma la forma de una baja adulación al «criollismo» argentino.

Es muy notoria la seducción que en todos los espíritus ejerce la rebusca etimológica: tiene el atractivo irritante del enigma. Ahora bien: poco es decir que, aquí como en todas partes, la leyenda ha precedido á la historia: debe asentarse que entre nosotros ésta no ha nacido aún. Aquélla sola es la que vive y se exhibe triunfante, eternamente alimentada por la ignorancia y la necedad. Á despecho de tantas obras geniales como en este siglo han surgido, fundando la filología comparada sobre principios científicos, siguen pululando los lexicólogos de afición, para quienes, según dije en otro lugar, la etimología se reduce á un simple acertijo (1). Basta, por otra parte, abrir la última edición del *Diccionario* para cerciorarse de que la venerable Academia española no ha salido aún del período isidoriano. ¿Qué mucho, entonces, que entre sus herederas y discípulas continúen floreciendo los métodos infantiles de la etimología al oído y del sonsonete? Hasta fechas recientes, el único progreso realizado consiste en la adopción de la flamante terminología lingüística —*fonema, enclítica, proparoxítona*, etc.—que tan gracioso contraste forma con la sencillez cristalina de un Renan; todo lo cual, aderezado con sus mechas de griego y sanscrito de baratillo, sírveles para enseñarnos que son quichuas ó guaraníes voces tan cabalísticas como *mocho, jarana, jarilla, zaguán, chinche, pallar, empatar, enllutar, iguana*, etc., etc., sin contar con que *noque* «muy bien puede ser voz cácana»! (2). Es así como los chinos, provistos con fusiles de repetición y artillería Krupp, se muestran hoy tan «celestes» como ayer.

Max Müller, con su finura y profundidad habitual, hace observar que el chistoso sarcasmo de Voltaire, contra la etimología de su tiempo «en que las vocales no hacen nada y las consonantes muy poca cosa», ha venido precisamente á ser uno de los principios de

(1) *Journal des Débats*, agosto de 1898; reproducido en la edición hebdomadaria tomo II, 553: «Leur étymologie est toujours un *ars conjectandi*, le casse-tête de syllabes, une variété du calembour par á peu près...»

(2) Estas y muchas otras lindezas lingüísticas se encuentran en dos «tesoros» de argentinismos hace poco salidos á luz. Casi todas estas voces son del más puro castellano, ya provengan del latín, ya del árabe. *Mocho* (derivados: *desmocho, desmochar*, etc.) es el latino *mutulus*, francés *mousse, émousser*, sin punta. *Jarana*, con su fin *jaleo*, está en la lengua desde el siglo xv puede ser árabe (Comp. el vascuence *jañalái*). *Jarilla*, diminutivo de *jara*, es el árabe *xara* que ya figura en P. de Alcalá: igualmente árabigos puros *zagan* y *noque*, como lo que significan. *Chinche*=*cimez, cimicis*, tiene derivados científicos en todas las lenguas neolatinas. *Pallar* es castellano viejo (sin que importe decidir si el quichua *pallani*=separar, es mera coincidencia ó importación española. como v. gr. el aimará *azuca*=azogue ó el araucano *cahuallu*=caballo): corresponde al francés *or-pailleur*=el que extrae las *pajitas* de oro de la arena. *Empatar* es término primitivo del ajedrez, como el francés *pat*: probablemente de origen oriental, como *mat*. *Enllutar* (empleado correctamente por Hacenke, página 90 de este tomo) es cubrir, de luten, embarrar, del latín *lutun*=lodo. *Yguana* es vocablo, probablemente caribe, ya usado en una nota del *Diario* de Colón.—En suma, se ve que lo que más les urge á nuestros lexicógrafos, es aprender el castellano.

la nueva ciencia. El etimólogo moderno no se preocupa de la semejanza actual de dos palabras, ya en el sonido, ya en el sentido, al tratar de establecer ó desechar su parentesco: sólo atiende á su evolución y á su historia. Un vocablo puede descender directamente de otro sin tener con éste una letra común: recuérdese el ejemplo clásico de *jour*, que deriva de *dies* (como *día* y *giorno*), con los eslabones intermedios *dius* y *diurnus*. Tampoco la analogía del sentido es criterio filológico, pues dos palabras del mismo origen pueden tener hoy significado opuesto: basta citar el caso de *mañana* y *madurex*, ambas salidas de la latina *mane*, y por lo tanto hermanas, aunque sea cosa hartó sabida que la mañana de la vida es casi lo contrario de su madurez. Con el tiempo, suele torcerse por grados el sentido, llegando á ser el último, algunas veces, opuesto al primitivo; tal ocurre en la pampa al viajero: con desviarse imperceptiblemente en cada paso sucesivo, concluye por volver la espalda al rumbo inicial.

Dicho principio no importa, por cierto, desconocer que en la mayoría de los casos las palabras afines conserven semejanza exterior, del propio modo que los hijos suelen parecerse á sus padres. Lo único que la ciencia sostiene y demuestra, es que, ni en el caso lingüístico ni en el antropológico, pueda servir el parecido como dato positivo. Para identificar al individuo, hombre ó vocablo, así en lingüística como en derecho, no puede uno guiarse por los rasgos fisonómicos, y sí únicamente por la filiación legal y la historia; lo demás es vago y conjetural.

Cuando de derivaciones indogermánicas se trata, especialmente de la familia neolatina, los principios asentados por Grimm, Diez y su sucesores, sirven de poderoso auxilio para remontarse al origen de las voces y establecer su parentesco. Es sabido que tal forma latina se convierte en cual otra en castellano, en italiano, en francés, etc. Con todo, el requisito filológico no es suficiente; no prevé los accidentes y excepciones. Después de conformarse á la ley lingüística, una etimología, para ser admitida (salvo, por cierto, los numerosísimos casos de una evidencia inmediata), tiene que sufrir el examen histórico. Hay que rastrear el vocablo de texto en texto, hasta dar con la forma matriz de la cual todas las otras descienden. La historia de la palabra, es decir su empleo sucesivo por los autores de la misma lengua y las congéneres, es la que descubre la confirmación inapelable, el firme granito en que se funda el edificio etimológico. Y esto, que ya importa cierta diligencia cuando de una docena de voces difíciles se trata: si se aplica á una lengua entera, representa una labor tan colosal que, aun con encerrar el esfuerzo de una larga existencia solitaria toda consagrada al estudio,

parece superior á una sola energía humana, pudiendo casi afirmarse que quedará único el monumento de Littré. Volvamos á nuestras pequeñeces.

La preponderancia del hecho histórico, respecto de la sola teoría, se manifiesta en uno de los ejemplos que los *Anales* suministran. En la página 97 de este tomo, hay una nota relativa á la palabra *marlo*; Zerolo y otros la dan como americanismo, sin explicar su procedencia. Creo que ésta sea latina, no americana, presentándose *marlo* como una derivación del arcaísmo español *maslo*, que desciende á su vez del latín *másculus*. Había una dificultad filológica: el cambio de *s* en *r*, frecuente en otras lenguas romanas, casi no ocurre en español. Sin duda, era admisible el contagio de una pronunciación limitrofe ó provincial; pero se abría la puerta á la conjetura. La historia ha contestado irrefutablemente: se encuentra en Diez y en Godefroy, no tal ó cual forma analógica, sino la misma palabra, francesa y provenzal, *marle*=*masle*=*mascle*, que desvanece cualquier duda (1).

El ejemplo de la página 165 (*buque*) no es americanismo; pero, sobre ser curiosa y nueva su etimología, es buena muestra de concordancia entre las inducciones filológicas y los datos de la historia. Nos habla Haenke de «canoas de mucho *buque*»; la acepción es clara y castiza, si bien entonces ya predominaba la de «embarcación». En procura de la etimología, acudimos á las autoridades: para la Academia, *buque* desciende legítimamente del socorrido celta: *buc*=magnitud, tamaño; Barcia reconoce en él al italiano *burchio*=especie de barco; otros no vacilan en tenerlo por el germánico *bûch*, tronco.... Es visible que todas estas conjeturas han obedecido al sentido actual (2). Recorramos, entre tanto, la historia del vocablo. Hasta fines del siglo pasado, *buque* ó *buco* (forma análogas, como *coste* y *costo*, etc.) significa la capacidad, no sólo de la nave, sino de cualquier receptáculo. En su *Examen marítimo* (tomo II, cap. II), Jorge Juan enseña á calcular el *buque de la nave*, sin confundir por cierto el barco con su porte ó *jaugeage* (3). Medio siglo antes, el primer diccionario de la Academia (1726) trae la doble acepción, con estos ejemplos: «casa de gran buque, hombre de mucho buque....» Por no pecar de prolijo, omito otras citas y llego al principio del siglo XVII, en que Cervantes emplea *buco*

(1) DIEZ, *Grammaire des langues romanes*, I, I; GODEFROY, *Dictionnaire de l'ancienne langue et de ses dialectes*, V.

(2) Por este camino conjetural encontraríamos la forma más vecina de *buceus*=*navigii gradioris genus*, citada por Ducange (*apud* Muratori); de este radical viene el famoso *Bucéntauro* veneciano.

(3) Así también, hacia 1745, dicen en su *Diario* los PP. Cardiel y Quiroga: «por no permitirlo el buque del navichuelo». (ANGELIS, I, *Viaje á Patagonia*.)

en sus dos sentidos y ¡detalle curioso! en la misma página del *Pérsiles* (1): «saltaron algunos encima del buco....» y luego «aserraron el bajel por la quilla haciendo un buco....» Pero, desde el siglo XVI, ralea más y más el significado de barco; en varias *Ordenanzas* del tiempo, ya alterna buco (en el sentido de cabida) con hueco, y en las *Instrucciones* de 1585, sólo aparece este último: v. gr. «el hueco de esta nao se divide en cubiertas». Finalmente, en 1493, Nebrija no trae buque ni buco, y sí hueco. Hemos llegado; tal es la etimología: hueco = *vocuus* (por *vacuus*), portugués *oco*, cuya forma se conserva en el castellano *oquedad* (2).

II

Ahora bien, esas condiciones varían notablemente cuando se trata de investigar la procedencia de ciertos vocablos híbridos, que aparecen arrastrados por la corriente hispanoamericana, más ó menos disfigurados por la pronunciación, el significado indígena ó las flecciones de la lengua dominante. No puede aquí valernos sino indirectamente la experiencia filológica, para aplicarla á palabras que presumimos exóticas y procedentes de idiomas sin vinculación conocida con los indogermánicos. En el caso más favorable (refiriéndonos v. gr. al Perú ó México), nos hallaríamos en una situación análoga á la de los orientistas que rastrean las voces semíticas introducidas en el castellano por judíos y árabes (3), aunque infinitamente más desvalida la nuestra, por carecer de la luminosa literatura judeo-arábiga, y no disponer sino de los «artes y vocabularios» al oído de los historiadores ó misioneros. Yuxtapuestas durante siglos dos civilizaciones en lucha, mezclados sus elementos hasta formar variedades étnicas, amalgamadas las lenguas y dialectos en un continuo amasijo: consiste el árduo problema (dejando aparte las voces netamente españolas ó indígenas) en analizar esas

(1) CERVANTES, *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, página 49 de la edición príncipe 1617.

(2) Conf. MEYER-LÜBKE, *Grammaire des langues romanes*, y GÖRBER, *Grundriss der Romanischen Philologie*, I, 767 (el capítulo de Cornu sobre fonética portuguesa).—Es también la etimología del italiano *buco*, empleado por Dante [la derivación de *bucca* es inaceptable]. El contagiá del italiano explica el reflujo de la forma *buco*, á la vez más arcaica y más moderna que *hueco*.

(3) Más exacta sería la comparación con la jerga mozárabe, ó sea el castellano degenerado que llegaron á hablar los españoles que vivían en tierra musulmana. Véase SIMONET, *Glosario de voces ibéricas y latinas*, cuya tesis es que el árabe salió del contacto secular tan impregnado del castellano como de árabe el español.

combinaciones de arcaísmos adulterados por el uso local, ó de radicales indígenas envueltos en flexiones españolas. Lo que desde luego puede afirmarse (mayormente en estas provincias argentinas, donde la conquista ha sido mucho menos asimiladora que en otros puntos), es que, en esta misma clase híbrida, el grupo de los arcaísmos castellanos será mucho más numeroso que el otro. Tal debe ser el punto de vista científico.

La actitud contraria, naturalmente, es la que suelen elegir nuestros americanistas. Dominados por su exclusivismo maniático, se entran por esos montes y pantanos de la lexicografía, á caza de vocablos indígenas, y dicho se está que por un pato nos traen cien gallaretas. Generalmente extraños á toda disciplina crítica, y confundiendo la jerga de la ciencia con su espíritu fecundo: poco es decir que descuidan el estudio de la historia y de la lexicología romana anterior al descubrimiento de América; ignoran el vocabulario de los clásicos y, á las veces, nos sirven como fonemas quichuas ó guaraníes, términos que Cervantes ó Quevedo emplearan después de Tito Livio y Cicerón. Fuera extraño al objeto de estas líneas el penetrar en el dominio propiamente lingüístico, que por otra parte no es el nuestro, para mostrar los resultados á que se ha llegado con ese prurito de «atesorar»: ya, como dije, americanizando de primera intención voces tan antiguamente castellanas como *chapetón*, *baqueano*, *morochó*, *chicha*, etc. (1); ya barajando, para parodiar á los maestros, temas y raíces imaginarios (2) de idiomas cuya estructura no ha sido aún definida—algunos de ellos, dialectos sólo conocidos por su nombre ó la vaga indicación de un

(1) *Chapetón*, dice el uno: «del araucano *chiapi*, ladrón; el otro: «por el *chape* ó trenza que los españoles traían de Europa». *Baqueano*: «del nahuatl *pacyani*, peregrino». *Morochó*, del quichua *muruchu*, duro». *Chicha*: «del azteca», dice el «tesorero» de allá, y el nuestro, solemne: «debe ser voz cácana».—Respecto de las dos primeras voces (opuestas y correlativas), no quiero agregar mis propias conjeturas etimológicas á las de los vocabularios; espero producir afirmaciones y pruebas en el tomo próximo; hasta al objeto presente saber por ahora que *chapetón*=bisoño (comp. chapucero) y *baquiano*=experto, pertenecen ambos al vocabulario clásico del siglo xvi, sin referencia alguna á América ni á guía de caminos. *Morochó*, ó mejor *moracha* (pues no se aplica sino á mujeres) proviene de *moreno*, con sufijo diminutivo. *Chicha*, que no es sólo «cerveza de maíz» sino de cualquier grano ó fruto (en Chile especialmente de manzana, como en Normandía), es evidentemente *sidra*: antiguamente *cidra* y *cizra*, del latín *sicera*. (Conf. el francés *chiche*, de *cicer*).

(2) Para que el lector induzca el estado de espíritu que ciertas etimologías presuponen, citaré la siguiente: «*Nandú*, así llamado porque sólo come la fruta excesivamente amarga del *Nandubay*». Cuéntense los desatinos que pueden encerrarse en una cláusula: 1º un compuesto que *origina* el tema es una monstruosidad; 2º el *nandú* abunda sobre todo allí donde no hay *nandubay*, v. gr. en la Pampa (y hablar del exclusivismo alimenticio del avestruz parece una broma pesada); 3º *nandú* significa corredor; *yandubay* (tal es la forma correcta desde el P. Montoya hasta Azara)=*hendib-ai*, «arde mucho», por ser su leña uno de los mejores combustibles conocidos.—Por mucho menos ha dicho Renan: «L'étymologie reste encore parmi nous un véritable genre d'aliénation mentale». (*Mélanges d'histoire*, 197).

misionero del siglo XVI,— ya, por fin, frangollando, á tontas y á locas, teorías fantásticas que causan la desesperación de los sabios, más ingenuos y la risa de los más avisados. Tengo que limitarme, en este breve esquicio, á indicar el método que en estos estudios habría de seguirse, apoyándolo en cinco ó seis ejemplos característicos. No es mi oficio hacer descubrimientos filológicos, sino mostrar el rumbo que á éstos conduce, y es el mismo para cualquier investigación histórica. Según la conocida imagen de Horacio, la crítica no es el instrumento de la ciencia ó del arte, sino la piedra en que éste se afila (1).

Entre los muchos vocablos anotados en las páginas de estos *Anales*, y que figuran, por supuesto, en las listas de «americanismos», tomemos los siguientes: *aloja*, *muix*, *chacra*, *gaucho* y *changador*, que presentan, á más de su importancia propia, la ventaja de conducir á conclusiones filológicas de orden distinto. ¿Cómo habremos de proceder para que nuestra tentativa etimológica no sea arbitraria y gratuita?

Trátase, desde luego, de palabras cuya procedencia indígena es discutible, y no evidente, como fuera v. gr. la de *Pilcomayo* ó *Iguazú*. Por otra parte, como ya notamos, si dichas voces pertenecen realmente á alguno de los idiomas americanos, se tiene á éstos por tan extraños á las familias del antiguo continente que ningún resultado lingüístico de allá puede servirnos aquí de un modo directo. Hoy por hoy, el grupo americano y los ariauo-semíticos son mutuamente refractarios ó, como un matemático diría, primeros entre sí. ¿Habremos, entonces, de admitir el juguete aquel de la fuga de vocales, según el cual la misma palabra dislocada resulta araucana, azteca, quichua ó «probablemente cácana», conforme resida su padriño en Chile, México, el Perú ó la ínsula de Cacia? De ningún modo; á falta de instrumento lingüístico, por ahora impotente, nos queda el histórico, más seguro y no menos delicado que el otro, aunque sin duda mucho más laborioso que el acertijo conjetural. Tenemos al pronto—mejor dicho tendríamos, si del castellano no se tratara—un jalón incommovible: la fecha del descubrimiento de América.—Si en tierras hispánicas se trabajara seriamente, consis- tiendo el patriotismo, no en desafinar himnos y flamear banderas, sino en emular, en cualquier cantón de la actividad nacional, á los pueblos creadores de civilización, poseeríamos un léxico de todas las voces existentes en la lengua, desde su origen hasta el siglo

(1) *Ars Poet.* 304: Ergo fungar vice cotis...

xv (1); y tal repertorio significaría, precisamente en la misma fecha del otro, un verdadero meridiano de demarcación lingüística que, en gran parte, pondría término á estas locuras de la etimología al oído. Sabríamos que todo término allí presente, es decir anterior al año de 1493, no puede ser americano, y con este solo dato tendríamos medio andado el camino de la razón.

Empero, si no existe el edificio cómodo, yacen por el suelo los materiales; y con algún trabajo—sobre todo por parte de quien sólo de paso los ha mirado—puédese dar una ligera idea de los resultados que otro, con mayor dedicación y vagar, alcanzaría. Una primera y muy útil inducción, ya formulada por Salvá y cuya exactitud general tengo comprobada, es que, si una voz de apariencia exótica se encuentra usada de antiguo (v. gr. desde el siglo xvii) en varias regiones apartadas de América, debe presumirse que ella proceda de la metrópoli. Ahora bien: en ese caso se hallan la mayor parte de las que llamé dudosas ó híbridas, y por lo pronto las tres primeras que he tomado como ejemplos. Procuremos examinarlas más de cerca para ver hasta que punto la presunción se verifica.

III

Parece que la primera condición, para dar con el origen de una palabra, fuera conocer su sentido actual. Uno de nuestros americanistas se despacha como sigue la voz *aloja*: «cerveza de la algarroba blanca... Desde luego puede admitirse que es vox cacán (!) (2): algarrobos no hay en el Perú (!) así es que mal podrían tener aloja ni menos el nombre de tal bebida». Sabe todo el mundo que el *prosopis dulcis* es precisamente el algarrobo del Perú: *taceu* en quichua. Pero, lo que sobre todo importa á nuestro asunto, es que *aloja* no significa más «cerveza de algarroba» que de cualquier

(1) Análogo v. gr. al ya citado de GODEFROY: *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX^e au XV^e siècle*. Pero ¡si no tenemos un diccionario decente de la lengua actual, y la primera edición crítica del *Quijote* es la de Fitzmaurice y Ormsby, impresa en Edimburgo en 1898!

(2) Esta manía de achacar voces trashumantes á un dialecto completamente ignorado, recuerda una escena graciosa de un cuento de Poe (*The murders in the rue Morgue*): se ha cometido un asesinato y desfilan como testigos todos los vecinos que han oído la voz del asesino (un orangután). Los testigos son de nacionalidades diversas y cada cual ha percibido algunos vocablos, precisamente de una lengua que ignora: un inglés ha reconocido palabras alemanas, aunque *does not understand German*; un español vota á Dios que aquello era inglés; un italiano no puede dudar que la voz fuera rusa, pero *never conversed with á native of Russia*, etc.

otra substancia; en varios puntos de América se confunde con *chicha*, y también con el « azucarillo » ó panal adicionado con especias. Según el principio arriba formulado, la presencia antigua de la voz en toda la América española hace presumir que sea metropolitana. Lo es, en efecto, y sin duda posible. Figura la bebida con su nombre en todos los autores antiguos: v. gr. Lope, Cervantes, Góngora, Céspedes, etc. En el primer Corral de la Pacheca, allá por 1580, había un *alojero* contratado que despachaba «refrescos» á los mosqueteros del patio; y en la coronada villa se exhibían tantas alojerías como hoy pulquerías en México. El nombre y la cosa solían confundirse con el *aloque* árábigo, pero el origen es latino y griego. Con Nebrija que por 1493 trae el vocablo, en la segunda parte de su diccionario, pisamos ya el meridiano de demarcación. Lo salvamos, y por mucho, con Ducange que extrae la voz de códigos anteriores al siglo XIV; finalmente, Dioscórides cita el vino *aloxanthium*, cuyo nombre no deja lugar á duda (1).

A resultados análogos nos conduciría el estudio histórico de otros «americanismos»: v. gr. *cimarrón*, *bellaquear*, *picazo*, *ruano*, *rosillo* (2), etc., etc. Pero tenemos que reservar el espacio para ejemplos de índole diversa, pues, lo repetimos, no pretendemos más que indicar un método. En el ejemplo siguiente, se muestra cómo el doble estudio histórico y filológico de una voz dudosa sirve, si se procede científicamente, es decir con imparcialidad y buena fe, para destruir un prejuicio erróneo, y este resultado no es menos importante que el otro para la disciplina del espíritu.

No hay noción más vulgarizada que la procedencia exclusivamente americana del *Zea mays* de Limeo. No nos atañe la discusión botánica, pero puede que del solo examen de la palabra *maíz* y sus sinónimos resulten argumentos en pro ó en contra de la tesis. El más ardiente y célebre defensor del origen americano, A. de Cando-
lle, ataca las razones de los eruditos que no son naturalistas (3);

(1) DioscóRIDES, *Materia médica*, V. XLI, página 521 de la admirable edición del doctor Laguna (1555). Además, el comentador habla de la aloja, después de la cidra (*sic*) página 183.

(2) *Cimarrón* (la primera etimología de Monlau me parece buena) se encuentra como «montaraz» en textos del siglo XIV. — *Bellaquear* deriva *vellaco* (nada de la etimología académica) y se confunde con villano (*villanus*) ó habitante de villa. En un interesante pasaje de la *Conquista de ultramar* (imitado de la *Chanson d'Antioche*) figura al lado de *tahur*, que tampoco tiene el sentido actual. — *Picaza* es el nombre de la urraca, luego aplicado al color blanco y negro, como el francés *pie*. — En la *España Sagrada (fons sapientia!)*, tomo 36, apéndice I, hay un instrumento del año 994, en que el rey Veremundo II acusa recibo de un regalo de caballos al abato Salvato, en este latín bárbaro y tanto más precioso: «El accepimus de vos in ofertione caballos duos optimos, éllo uno *rosello*, et alio *raudano* per colores...» Dice Littré: «origine inconnue»: héla ahí. — Todas estas indicaciones son provisionales y volveré sobre el asunto en un tomo próximo.

(3) ALPHONSE DE CANDOLLE, *Origine des plantes cultivées*, 312.

podría dirigírsele la crítica inversa, tanto más cuanto que, apoyándose sobre todo en argumentos de erudición, omite mencionar á Plinio, cuya precisa descripción del *milium indicum* ha parecido casi decisiva á espíritus tan científicos como Fraas y Littré (1).

Nadie pone en duda que el maíz existiera en América antes del descubrimiento; pero ¿qué ortodoxia científica se opone á que ciertas especies sean comunes á ambos continentes, cual ocurre v. gr. con el banano, según Humboldt y otros sabios? La presencia á par que la absoluta variedad del nombre, en todas las lenguas y dialectos americanos, desde México (donde lo llamaban *tlaoalli*, *xooba*, etc.) hasta el Arauco (donde le decían *huá*), prueba evidentemente que el maíz era indígena en dichas regiones. La ridícula tentativa de dislocar vocablos tan desemejantes como *maix*, *huá*, *abatí*, etc., con el fin de aproximarlos, no merece un segundo de atención: para que nombres tan diversos como *zaray tonco* designen el maíz, en regiones tan vecinas y luego mezcladas como el Cuzco y Charcas, es necesario que dicho fruto fuera allí conocido antes del contacto de ambos pueblos.

Por otra parte, el hecho de esparcise en la América entera el nombre «castellano» del cereal, á raíz de la conquista, indica á todas luces que esta propagación provino de los conquistadores. ¿De dónde tomaron éstos el nombre, que Oviedo, uno de los más antiguos y considerables entre los historiadores oculares (otros escribieron de oídas ó vinieron después), ya da como usual en 1535? Es opinión general que el vocablo sea haitiano ó caribe. Sin embargo, no aparece en el *Diario* de Colón ni en las primeras relaciones, siendo así que se mencionan expresamente los nombres indígenas de todas las otras plantas alimenticias: ajos, mames, fajones, etc.; para designar al maíz, el *Diario* sólo dice *panizo*. Tampoco trae aquel nombre Alonso de Herrera, cuya *Agricultura General* es de 1513 (2). Laguna, en 1555, al comentar el capítulo de Dioscórides sobre el Kéjros, dice llanamente que es ésta el maíz de las Indias, «por donde méritamente le llamó *Milium indicum* Plinio (3)».

Así las citas como las omisiones sugerían la duda acerca del origen indígena de la designación. No hubiera sido prueba, ni siquiera presunción, el hecho de encontrarse dicho vocablo en el vocabulario

(1) *Hist. Nat.*, XVIII, iv. La traducción de Littré forma parte de la colección Nisard, y en las notas del libro XVIII se menciona la opinión de Fraas en favor del maíz. Oviedo, que escribía por el año 1535, transcribe este lugar del Plinio, agregando (*Hist. Gen.* VII, 1): «y pienso que el mijo de la India es lo mismo que llamamos mahiz».

(2) En su libro I (páginas 32-33 de la edición de 1790), hay dos capítulos consagrados al mijo y al panizo.

(3) *Op. cit.*, 186.

usual de las Antillas ó Tierra firme, en los años de Oviedo, cuando se había extendido ya, como castellano importado, por todo el continente. Por otra parte, el excelente Vocabulario hispano-árabe de Dozy habíame lanzado por otra senda resbaladiza, al analizar la voz aparentemente afín de *maxorca*, en que *masa* significa *huso*, y, por analogía, como es sabido, la espiga de ciertos frutos.... Confieso que estuve á punto de aceptar la conjetura, aproximando *maxa* á *maix*. Pero me retrajo de estas fantasías la buena doctrina: compulsé autores, reuní librotos cuyo solo título haría bostezar al lector; comprobé muy especialmente que, en la preciosa colección de los concilios españoles, el perseguido vocablo, bastante frecuente en los concilios del siglo XVI (v. gr. en el Tarraconense de 1591: *Indico tritico*, mahiz dicto....) (1) no aparece nunca en los anteriores á 1500, en las listas análogas de frutos sometidos al diezmo ó exceptuados.... Finalmente, me adherí, aunque sin plena convicción, á la tesis «americanista», al menos en lo que al nombre atañe, pues respecto de la planta misma me atengo á los varios centros de creación—Agregaré, como coincidencia curiosísima, que, desde el siglo XV hasta nuestros días el nombre propio del maíz en árabe es exactamente el mismo que en quichua: *zara* (2). Me permito desviar la ardiente imaginación de nuestros etimólogos hacia esta pista poco trillada, y que puede ser fecunda en teorías semíticas no menos sensacionales y sólidas que las arianas.

Otras pesquisas pertenecen al género que Darwin llamaba «experiencias de imbécil» (3) y como él las solía practicar, no hay mayor inconveniente en merecer el epíteto al lado suyo. Después de montar un día entero, puede ocurrirle al cazador volver *bre-douille*; poco importa, si ha observado y aprendido algo en el trayecto. Otras veces, la batida es más feliz, saltando la liebre donde se creía no existir el menor gazapillo.

(1) JOSEPH S. DE AGUIRRE, *Collectio maxima Conciliorum...*, VI, 296 (la p. siguiente mal foliada).

(2) Había encontrado *zara* = maíz en el excelente *Glosario* de Eguilaz y Yanguas, pero desconfiaba de que fuera uno de tantas designaciones locales, más ó menos desfiguradas por la pronunciación. Volví á dar con ella en el *Tratado del cultivo de las tierras* de Duhamel, traducido por Casiri y Campomanes, con un apéndice en que se traslada un escrito del árabe de Sevilla Abu Zacharia Ebn Ahmad. El sacerdote maronita P. Zogbi, á quien he consultado, ha confirmado la versión de los libros: *zara* es el nombre del maíz, así en los autores como entre el pueblo árabe, y se pronuncia exactamente como en castellano: el *zal* es una zeta.

(3) *Vie et correspondance* (trad. Varigny), I, 161. Ello consiste en aplicar la duda metódica á las nociones al parecer mejor demostradas y con la casi seguridad de un resultado negativo.

Basta abrir cualquier vocabulario quichua para «saber» que la palabra *chacra*, tan difundida en América, sale del Cuzco (1), según todos americanistas. Por lo demás, no significa propiamente sino *heredad*, siendo los otros sentidos derivados. Ahora bien: días pasados hallé en mi Covarrubias la voz árabe *Xárragu*—«huerta de recreación». Seguí el rastro en los arabistas españoles, concluyendo por encontrar en Alcalá, Casiri, Martín, etc., las voces más ó menos afines: *xara*—floresta, *enxara*—mata; en las *Partidas* (V, tít. V, ley XXI), *xahariz* figura entre olivar, viña, huerta, molino de aceite, etc. Finalmente, el *Glosario* de Eguilaz y Yanguas trae netamente *xachra* como origen de *cigarral*, y la Academia acepta la etimología: «En Toledo, huerta cercada fuera de la ciudad con árboles frutales y casa para recreación». Sabido es que los clásicos, y desde luego Tirso, celebran los cigarrales de Toledo. Sin discutir la de *cigarral*, atengámonos á las voces *chacra* y *xachra* (ésta, evidentemente, es metátesis de la Covarrubias): ¿será la doble identidad de sentido y sonido (2) mera coincidencia? Examinemos la historia de la palabra, sin tesis preconcebida ni ciega sujeción á las autoridades.

Á primera vista no parece dudoso el origen quichua de la palabra *chacra* ó *chácara*: la traen y repiten los historiadores—con pocas aunque notables excepciones—desde Las Casas hasta Cobo, aplicándola al Perú casi todos ellos. Valdivia (*Libro Becerro* citado por Rodríguez) la emplea en Chile desde 1546 y muy explícitamente; puede admitirse que la trajera de aquella región. Pero el documento de más peso en el asunto es una *Relación* del año de 1558, fechada en el valle de Chíncha y publicada en el tomo L de la Colección de Miraflores y Salvá (3); contiene una declaración circunstanciada y testimonial del régimen agrario de dicho valle al tiempo de su conquista por las Incas, explicándonos, no sólo la división de la tierra en chacras, sino su jurisdicción, forma y contenido. Con todo, esta declaración de indígenas, ante corregidor, visitadores y escribano, contiene muchos términos tan exóticos como hanega, indios, cacique, etc. Poco después, el mejicano Torquemada aplicaba dicha palabra

(1) Dice Z. Rodríguez (*Chilenismos*, 140) que no ha encontrado la palabra en ningún vocabulario «de los que tenía á la mano»; con pequeñas diferencias ortográficas, está en todos—hasta en el compendio de Markham. Tampoco ha podido (ni con auxilio de su amigo don Juan de Arona) averiguar el origen de la expresión: «en tiempo de *ñaupas* ó *ñaucas*». Ambos adverbios significan *antes*, *antiguamente*, y también (sobre todo el segundo) *delante* ó *en presencia*. Los muchachos de Santiago gritan á la lechuza «para que vuelva la cabeza»: *jhuasapi tian! ñauquepi tian!* Atrás está, adelante está!...

(2) El *schin* árabe se transcribe *x*; la equis en castellano antiguo no sonaba *j* sino *sch*: de aquí la transcripción francesa é italiana: *Quichotte*, *Chisciotte*, *Chiméne*, etc.

(3) Colección de documentos inéditos para la historia de España, L, 206.

á Nueva España (*Monarquía Indiana*, V); y tan de antiguo parece allí aclimatada que, según el sistema conocido, un nahualista nos da su etimología local (1). Desde muy temprano, pues, al igual que otras voces regionales ó castellanas (*maíz, canoa, cacique, galpón, chicha, aloja, maxorca*, etc.) pudiera ésta haberse difundido en toda la América merced á los españoles. Por otra parte, el Inca Garcilaso, tan amante de lo indígena, no usa *chacra*, sino *tupu* (medida) precisamente en los casos en que los historiadores castellanos suelen emplear aquella otra voz, como si no la reconociera como cuzqueña.

Empero, he aquí otro orden de argumentos de más peso. Sea cual fuere el origen ó la difusión de la palabra que nos ocupa, un hecho inatacable es que, desde el siglo XVI, se aplicaba preferentemente á los «heredamientos» de Charcas: así la emplean Cieza de León, Oviedo (que dice *charca*, como si hiciera confusión con el pueblo, á que llaman Chalca), Herrera, en el único lugar en que la trae, y también las *Leyes de Indias* (lib. VI, tit. XIV), refiriéndose á las «chácaras de coca» del Alto Perú. Ahora bien: el *Vocabulario de la lengua aymará* del P. Bertonio, el más completo de los existentes, sólo trae *chácara* como voz castellana = *yapu*, con todas sus especificaciones para que no haya lugar á duda: *chácara de papas = amcapu*, *chácara de maíz = toncapu*, etc. Se admite generalmente que la conquista y repartimiento del territorio al sud del Titicaca, donde habitaban las naciones Charcas que hablaban aymará, ocurrió bajo el reinado de Yupanqui, en el siglo XV; sin discutir la prioridad de las lenguas quichua y aymará, ni mostrar el origen de los centenares de voces que les son comunes (2), no parece dudoso que, á existir entonces en la primera la palabra *chacra* (3), el nombre se hubiese adoptado con la cosa, como tan rápidamente se adoptó á la llegada de los españoles: tanto más, cuanto que es muy sabido que, á raíz de la conquista, los Incas imponían á los conquistados el uso de la lengua cuzqueña. Estas consideraciones, unidas á las que fluyen de la extraordinaria coincidencia semántica y fonética, entre la voz «quichua» y la árabe, no resolvían, por

(1) FERNÁNDEZ FERRAZ, *Nahuatlismo de Costa Rica*: «Especie de ingenio donde la familia del agricultor pasa la época de la molienda: nos parece compuesta de *trayani* = romper, etc.»

(2) El quichua y el aymará no son idiomas afines; esta apariencia resulta de haberse derramado el vocabulario del primero en el segundo después de la conquista incásica; es como si del hecho análogo ocurrido en España, y por causas idénticas, se dedujera la afinidad lingüística del castellano con el árabe!

(3) La palabra *chacra* se encuentra en el drama *Ollantay*, pero éste es de fabricación aun más moderna que los vocabularios impresos, en que figuran tantas voces de origen castellano.

cierto, la cuestión etimológica, pero la dejaban abierta, Faltaba, aquí también, encontrar los eslabones intermedios: en lingüística, como en paleontología, reside la gran dificultad en el descubrimiento de las formas de transición. Creo, por mi parte, que el vocablo mozárabe del toledano Covarrubia da la solución del problema: *xarragui* ha formado *chacra* por un lado, y *cigarral*, por el otro (con la metátesis, frecuentísima en árabe español, de *xárragui* = *xígarra*), manteniéndose íntegro el significado primitivo al través de las desviaciones fonéticas.

IV

Si es generalmente cierta la proposición antes formulada, también la recíproca habrá de serlo: es decir que las voces híbridas que, sin proceder de una lengua indígena, sólo se empleen usualmente en alguno de los antiguos distritos coloniales, que forman hoy naciones distintas, no habrán sido traídas por los españoles, sea cual fuere su estructura idiomática. Ello equivale á decir que han nacido en el sitio, *sur place*, por una suerte de generación espontánea. Es otra variedad interesante que, en el caso nuestro, constituye propiamente el grupo de los «argentinismos». Á este grupo pertenecen los dos últimos que he apuntado en el *Diario* de Alvear, y sin duda que lo representan con toda propiedad. Los sustantivos *gaucho* y *changador*, á más de su importancia local y, para el primero, casi étnica, no forman parte de otro vocabulario americano que el rioplatense. Para cualquier europeo, el gaucho es el habitante seminómada de las «pampas»; en Bolivia y el Pacífico, el vocable es sinónimo de «cuyano» ó argentino. En cuanto á *changador*, por mozo de cordel, su uso es exclusivamente local; si se empleara alguna vez en otra parte (mi propia experiencia me sugiere lo contrario, siendo así que es éste el primer profesional con quien tropieza el viajero), ello sería por reflujo de las provincias españolas, de donde vienen y adonde vuelven los changadores de Buenos Aires. Á despecho del alejamiento que ahora existe entre estos dos tipos sociales, el uno urbano y el otro agreste, su aproximación en esta noticia no es caprichosa ni fortuita: ambos han nacido y criádose, no sólo en el mismo lugar, sino en el mismo tiempo y bajo el influjo del mismo factor histórico. El proceso evolutivo los ha alejado más y más, cual sucede con multitud de

designaciones, que la semántica muestra extrañas la una á la otra por el origen, luego afines por un accidente fortuito y nuevamente separadas por el vaivén sociológico: así, v. gr., gobernador y marino, ligados por *gubernator* = piloto; artista y labriego, por el eslabón *arare*, labrar, etc., etc. Ocurren en lexicografía contactos casuales parecidos á los de la navegación transoceánica: encuéntranse de compañeros de mesa y camarote dos desconocidos, llegados á veces de comarcas apartadas; después de fraternizar algunas semanas y ser confundidos á bordo bajo el mismo número, sepáranse en el puerto de arribada para no volver á acercarse jamás.

¿Cuál es el origen de la palabra *gaucho*? Era imposible que el vocablo sonoro, representativo del grupo airoso y exótico que arroja la nota pintoresca en el vasto escenario pampeano, no ejercitara la imaginación de los viajeros y amantes de color local. Casi todos han arriesgados su conjetura etimológica, presentándola, no como tal, sino como una conclusión fundada en su conocimiento de las lenguas indígenas. Algunos optan por *huacho*, término quíchua que significa algo así como huérfano, aplicándose á los animales criados lejos de la madre. Otros prefieren emparentarlo con el chilenuismo *guasó*, hombre de campo, que es, según Vicuña Mackenna, «palabra quíchua y araucana á la vez»; es en todo caso quíchua, y vale tanto como lomo ó espalda. Casi todos los franceses adoptan la etimología de Martín de Moussy, que deriva *gaucho* «de la palabra araucana *gatchu*, que significa compañero». He buscado vanamente *gauchó* (lo mismo que *guasó* ó *huaso*) en el vocabulario clásico del padre Febrés; pero si he hallado *cachú*, por amigo y lo propio en el *Manual de la lengua pampa* del coronel Bárbara. Por fin, no ha faltado un orientalista de ocasión que encontrara el origen de *gaucho* en el «árabe *chaouch*, tropero», cuyo nombre habría volado desde el Yémen hasta el Plata sin asentarse una hora en España donde nadie lo conoció jamás (1)....

He caracterizado ya las etimologías así descubiertas, como quien juega á cara ó cruz: escapan á toda discusión. Tan gratuitas y arbitrarias son las citadas, como las que derivaran la palabra *gaucho* del francés *gauche* (por la actitud desmañada del paisano á pie) ó del castellano *gacho*, por la forma de su sombrero habitual (vocablos que, de paso sea dicho, tienen la misma etimología, que no es la que da la Academia); todas ellas no tienen más ventaja que exonerar á quien con ellas se divierte de toda investigación histórica.

(1) GRANADA, *op. cit.* No se ha conocido nunca en España la palabra *chaucho*. En árabe y turco hay un vocablo *chouch* = sargento, mayoral: ¿qué relación podría tener con *gaucho*?

Ahora bien, tratándose de voces introducidas en la corriente general, y que de antiguo designan entidades étnicas y sociales tan definidas como las que nos ocupan, parece evidente que en la historia es donde debemos rastrear su aparición y estudiar sus modificaciones sucesivas, no dando entrada á las hipótesis y conjeturas analógicas sino en caso extremo y desesperado.

Respecto del vocablo *gaucho*, lo primero que, por lo pronto, la historia nos enseñe, es que no es aquélla su forma primitiva, sino *gauderio*: ello basta, sin necesidad de otras razones que no faltan, para que se vengan al suelo todos los castillos de naipes etimológicos, sólo fundados en el parecido fonético. *Gauderio* se dijo y se escribió al principio y durante muchos años, hasta que la abreviación denigrativa *gaucho* entró en competencia con la voz originaria, concluyendo por desalojarla en absoluto. La desinencia despectiva tiene tanto que ver con la etimología como en los casos de *calducho*, *animalucho*, etc. (1). Creo que hasta fines del siglo pasado no se generalizó la forma que luego había de prevalecer. Por primera vez en la *Descripción del Paraguay del Rio de la Plata*, que se redactó á principios del siglo, veo figurar yuxtapuestas las dos voces sinónimas (pág. 310): «Además de los dichos (los *Vaqueanos*, [sic]) hay por aquellos campos, principalmente por los de Montevideo y Maldonado, otra casta de gente, llamados más propiamente *Gauchos* ó *Gauderios*». Ello no importa afirmar que nadie, antes de Azara, haya apareado ambas designaciones: claro está que si él halló que así se decía indistintamente, es natural que también otros lo hayan escrito. Pero no ha de ser mucho antes que Azara, y es notable á par que instructivo el hecho de que, en tan breve lapso como el que media entre el virreinato de Del Pino y las guerras de la Independencia, haya caído en absoluto desuso la primera forma, sustituyéndola por completo la segunda. La revolución recogió el epíteto injurioso, como hicieron con el de *gueux* los flamencos del siglo XVI, y lo paseó triunfante por los ámbitos de tres virreynatos (2).

A fines del siglo pasado, el apelativo *gauderio* era de uso corriente en estas provincias: figura en gran número de documentos privado, y también oficiales, v. gr. en los informes de los virreyes, y siempre apareado á «changador». Lo encontramos en el *Diario de Alvear*, y lo propio ocurre en los de otros comisarios ó funcionarios,

(1) Los arrieros de las provincias llaman *marucho* al peón *madrinero*; y es sabido que los diminutivos *flacucho*, *feücho*, etc., son de uso general. Entiendo que los orientales pronuncian todavía *gaücho* no *gáücho*, como los argentinos. Es presumible una forma transitiva *gauducho*.

(2) Sabido es que llegó á ser designación oficial de las milicias de Salta.

como Doblas. Remontándonos algunos años, damos con una copiosa pintura del tipo en el *Lazarillo de ciegos caminantes*, impreso en 1763, pero cuyo autor se refiere al gobierno de la Rosa en Montevideo, por el año 65 (1). El gauderio es el vagabundo agreste de la campaña oriental. «Muchas veces se juntan de estos cuatro ó cinco (á quienes con grandísima propiedad llaman *gauderios*), con pretexto de ir al campo á divertirse, no llevando más que el lazo, bolas y un cuchillo. Se convienen para cemer la picana de una vaca ó un novillo.... otras veces matan una vaca por comerle la lengua ó el mata hambre, etc.».

No se remonta, pues, más allá de mediados del siglo pasado la «literatura» histórica del gauderio. En ningún documento anterior á 1750 he hallado esta designación; no la traen el P. Lozano ni otros escritores misioneros de la región, mucho menos los de esta banda del Rio de la Plata, como los PP. Cardiel, Quiroga ó Falkner. Por fin, las Actas del Cabildo de Montevideo, en las dos décadas que siguieron la fundación, contienen innumerables datos relativos á los indios minuanes y *vagabundos* portugueses ó españoles mestizos que depredaban las vaquerías y estancias; no mencionan la voz *gauderio*, á pesar de tener la de *changador* desde el año 1730, primero de la erección (2). El mismo tipo del vagabundo agreste, que dicho nombre designa, no ha de remontarse mucho más allá: nació y se propagó como producto parasitario de la población rural, y sucedáneo semieuropeo del indio reducido, alcanzando su pleno desarrollo con la expulsión de los jesuitas y la ruina de las misiones.

Los dos hechos positivos que de la historia resultan, son, pues: 1º que el tipo gauderio ó gaucho es primitiva y exclusivamente uruguayo; 2º que no ha nacido, ó existido al menos como variedad distinta del indio cristiano, antes de 1750—y la segunda proposición es un corolario de la primera. ¿Cómo se formó este grupo nómada y parasitario de la reciente población montevidéana? En gran parte, sin duda, de prófugos portugueses y argentinos arribeños, á los que se unieron algunas «peonadas», que los vecinos de esta banda mandaban continuamente á vaquear ó cortar leña en la otra.

(1) Conf. BAUZA, *op. cit.*, II, III, y *Viaje de Malaspina*, 560. En el *Vocabulario* del señor Granada se transcribe con complacencia un extracto del *Viajero universal*, por D. Pedro Estala «que escribía con no poco caudal de noticias sobre América». El caudal propio del prebistero Estala es nulo. Comenzó su colección traduciendo el *Voyageur francaís* de la (Porte sin prejuicio, según costumbre, de injuriar á su modelo) y la continuó fabricando sus cartas con extractos de todos los viajeros. El trozo sobre los *gauderios* (tomo XX, 114 y sig.) ha sido tomado en el *Lazarillo* de Bustamante.—Nuestro ejemplar del *Viajero* es el que perteneció á doña María Rosario de Azcuénaga que, por cierto, tenía muy bonita letra.

(2) P. MASCARÓ, *Revista del Archivo*, I, 447.

La propagación hubo de ser rápida, en esa existencia de vagancia y desenfreno moral; si bien el núcleo de gauderios puros, ó sea orientales, y distintos de los peones de estancia ó puesteros, no fué nunca muy numeroso. Más tarde, es decir á fines del siglo, el nombre se extendió á todos los rurales de esta banda y aún á los de las provincias del norte, aunque en éstas no se realizase propiamente el tipo del gaucho errante, pendenciero y trovador.—En cuanto al nombre, bastan las ligeras consideraciones anteriores para mostrar la inanidad de cualquier derivación quichua, araucana—ó árabe! La misma facilidad y rapidez con que la voz cundiera entre los españoles revela su origen castellano: es el *goderio* popular, usual en germania y transcripción española del *gaudeamus* clásico; por eso el *Lazarillo* repite varias veces que «con toda propiedad» se les llama así. Para él, ni para nadie entonces, la etimología presentaba dificultad. De *gauderio* saldría *gaudicho*, luego *gaúcho*, por una derivación natural, y esta forma triunfó por ser más breve y característica (1). —Es curioso notar cómo la poesía gauchesca nació también allí mismo donde el gaucho tuvo su pobre cuna de tientos y jergones; los diálogos entre Chano y Contreras, de Hidalgo, que ya figuran en nuestra *Lira* de 1823, precedieron por mucho las composiciones apenas más artificiales de Ascasubi, Del Campo y Hernández. Sufrir el colorismo local, al tener que confesar que el primer *payador* del Plata fué un simple barbero.

Mucho más breve, aunque algo más antigua, es la historia del *changador*. Éste fué sencillamente un contrabandista de cueros. Nació también en la otra banda, á principios del siglo XVIII, de las ranchadas que iban de ésta á vaquear y hacer carbón. Los changadores tenían sus guaridas en la costa, donde acopiaban los cueros destinados á cargar los barcos filibusteros, especialmente franceses, que cruzaban el litoral desde el Plata hasta las Antillas. Todos nuestros historiadores han referido, después del P. Lozano, el episodio del corsario francés Moreau, que durante años frecuentó estos parajes, cargando corambre por intermedio de los changadores; en 1720, fué sorprendido por una partida de Zavala y, después de un reñido combate, muerto con varios de sus marinos. Quedaron en poder de los de Zavala 8000 cueros y los almacenes de bebidas, géneros, tabaco y bujerías que *cambiaban* por cueros. El tráfico con los changadores revestía, en efecto, la forma del trueco primitivo: éstos llevaban corambre, recibiendo en *cambio* licores y objetos ma-

(1) Los autores citados, al describir la vida gauchesca, insisten mucho en el *gateo* (cuya descripción es aquí innecesaria); es posible que haya habido, como frecuentemente sucede en lingüística, contaminación de la voz *gatuperio*. Cf. el francés *godailleur*.

nufacturados para sus necesidades y sus «vicios». Ello sugiere la explicación conjetural del nombre. Es probable que los filibusteros franceses dijeran, en su media lengua, *changa*, *changar* (*échanger*); y el criollo zumbón cazaría al vuelo la palabra: *vamos á la changa!* De ahí, changadores. Doy la explicación por lo que es: una conjetura, pero infinitamente probable, dada la estructura latina de la voz. El paso al sentido actual no ofrece dificultad: changador era el que llevaba y traía; junto al sentido primitivo, que duró hasta principios de este siglo (1), se ingirió el moderno de costalero y cargador; á poco desaparecía el contrabando en aquella forma pintoresca, y el vocablo sólo quedó con su sentido derivado.

V

Tal es el método de investigación filológica que considero aplicable á nuestros «americanismos». Como se ve, dicho método no difiere del que preside á todas las formas modernas de la historia: éste consiste sencillamente en remontarse por grados de lo seguro á lo probable, sin abandonar un instante el hilo conductor de la documentación auténtica y circunstancial. Hemos visto que no siempre se llega á la certidumbre; no pocas veces se acaba el hilo en medio del camino, y entonces la inducción más ó menos conjetural sucede á la rigurosa deducción. Es la suerte común de casi todas las pesquisas científicas, y no es cierto que por ignorarse la fuente del río deje de ser útil el levantamiento exacto de la hoya central. Basta que en este punto crítico se anuncie con sinceridad la entrada en la *terra incognita* de la hipótesis y de la conjetura. Éstas son absurdas y anti-científicas cuando sirven de base para edificar teorías aéreas que se presentan como verdades. Por lo demás, no necesito repetir que estas indicaciones de un método de trabajo no se dan aquí como resultados filológicos definitivos: son el esquema más ó menos feliz en que se apoya la demostración.

No sé si estas vistas rápidas é imperfectamente presentadas merecerán fijar la atención del lector. Temo—sin que esta perspectiva me desespere—que le parezca en suma que los resultados no corresponden al esfuerzo gastado en conseguirlos, y que, para llegar

(1) Se encuentra la palabra *changador* en el *Telégrafo Mercantil*, I, 249.

las más de las veces á nuevas conjeturas, tanto valía, ó poco menos, atenerse á las del punto de partida. Haciendo abstracción de mi propia inhabilidad, confío en que tal no será la impresión de los espíritus reflexivos. Para ellos escribo, y éstos no confundirán un instante dichos resultados, directos é indirectos, con el balbuceo silábico de los etimólogos al uso. Llamo resultado directo, la determinación precisa del origen de una palabra, ó, por lo menos, una limitación tan estrecha del campo de la conjetura, que la probabilidad fluctúe entre términos muy cercanos: creo que la mayoría de los ejemplos definidos satisface á la condición. Con todo, miro de más alto precio aún el resultado indirecto de la pesquisa, ó sea la historia misma de la palabra cuya etimología se persigue. Permítaseme valirme de dos ejemplos más para explicar mi pensamiento. Entre los *chilenismos* del señor Rodríguez, figura la voz familiar *cumpa*, que él da como «indudablemente de formación indígena», agregando que «puede que venga del quíchua *ccorpa* = huesped». Para quien haya vivido en nuestras provincias, la duda no es posible; ateniéndonos al sentido corriente: *cumpa* es compadre, y *cuma*, comadre,—también usados como el *compare* andalúz, que equivale á «compañero» ó «compinche». Por lo demás, compadre y compañero no tienen la misma etimología: á disponer de espacio, veríamos que la del segundo—pues la otra es evidente—es el compuesto *con* y *pan*: compañeros son los que comen el mismo pan; y remontándonos cinco ó seis siglos, veríamos surgir, gracias á este rayo de luz, un rasgo interesantísimo de la existencia medieval.—Pero viene á la mente otra palabra, al parecer muy vulgar y gauchesca, y cuyo rastro histórico abre sin embargo infinitas perspectivas. En otro «tesoro» de argentinismos, doy con la voz *achura*, acompañada de esta absurda definición y peor etimología: «pedazo de carne que se da al que ayuda á voltear la res... *Achupalla* (en quíchua) quiere decir las pesas, etc».—*Achura* es desviación del castellano *asadura* Cf. (*cocadura*=*cochura*), y su sentido recto es exactamente el que da hoy la Academia, y daba Covarrubias hace tres siglos: «conjunto de las entrañas del animal»; se deriva de *asar*, como el francés correspondiente *fressure*, de *freir*. Freund trae *assatura*=*caro assa*, desde los siglos clásicos. Ahora ¿por qué se dijo *carne de asar* á las víceras ó menudos? Porque eran las partes que se quemaban en el sacrificio, después de servir al arúspice para sus presagios. Así en Virgilio (*Æneid*, VI, 235): *Et solida imponit taurorum viscera flammis*. La historia de la palabra nos llevaría mucho más allá: hasta las hecatombes de la *Iliada* y los holocaustos del *Levítico*; de esta suerte veríamos el acto rústico de un gaucho derivarse de un rito religioso; y el análisis de

un supuesto americanismo evocaría las escenas más augustas de la antigüedad griega y bíblica. Creemos que ello basta para apreciar el método.

Debemos agregar que lo relativo y limitado de cualquier noción adquirida, sobre todo en este campo trémulo de las ciencias históricas, envuelto en una atmósfera de brumas y mirajes, antes que demostrar la inutilidad del estudio, hace presumir su fundamento y solidez. Lo que importa es la buena dirección, no la longitud del camino recorrido: que sea éste poco ó mucho, ningún paso dado será vano si ha seguido el rumbo de la verdad. Por otra parte, bien sabemos que, sea cual fuere el norte perseguido, éste quedará siempre lejos de nuestro alcance. La región de lo absoluto nos es tan inaccesible como la del infinito sideral que nos oprime, ostentando á nuestra vista, como una ironía eterna, el enigma del mundo escrito en jeroglíficos de luz. A donde quiera que tendamos nuestro corto vuelo de murciélagos encerrados bajo una bóveda de cristal, nos estrellaremos contra un *ignorabimus* inexorable. Nuestra ciencia, ha dicho magníficamente Royer-Collard, sólo consiste en derivar nuestra ignorancia de su manantial más elevado. No se aplaste, pues, bajo un desdén poco justificado, cualquier resultado real, por ínfimo que sea; todo lo humano es precario ó falaz, y la red de vanidades en que se agita nuestro mísero destino no tiene otra malla tan resistente como el goce de comprender.

La primera conclusión general que de estas ideas sueltas podría sacarse, si un solo grano del puñado que arrojo al vuelo cayese en tierra buena, es que cualquiera disciplina sinceramente practicada resulta sana para el espíritu, aunque sólo se especule en palabras, que son al fin concreciones de ideas. La segunda, más especial y vecina de la aplicación, es que necesitamos desde luego estudiar la historia y la lengua españolas, si queremos conocer á medias las tradiciones americanas y los antecedentes argentinos. Sea ello motivo de satisfacción ó de pesar, la herencia atávica de España es un hecho indestructible, que para subsistir como tal no necesita de nuestro asentimiento. La ilusión que consistiera, para estos pueblos nuevos, en tenerse por independientes de su pasado histórico, sólo probaría, si se prolongara indefinidamente, que del legado de la raza no han recibido más que los vicios sin las virtudes. Ha pasado irrevocablemente la hora de la elección. Ésta sonó á principios del siglo; hallóse entonces esta colonia española delante de la encrucijada en que se bifurcaba el porvenir: prefirió seguir por la senda consuetudinaria á ser colonia inglesa. Ya no es tiempo de reaccionar; y, habiendo hecho la Reconquista, no

queda más arbitrio que celebrarla y ser buenos hijos emancipados de la madre secular.

No necesito explicar al lector en qué sentido entiendo esta fidelidad atávica, á raíz de un bosquejo filológico que tiende á mostrar la subsistencia del tronco castellano como centro de tanto injerto regional. La herencia que aconsejo á los argentinos conservar con respeto religioso es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza, así como la guardan con veneración esos angloamericanos, á pesar de tenerse por los innovadores más audaces y felices en la acción (1). Aunque le fuera dable á un pueblo adulto cambiar de lengua, como ciertos entes menguados cambian de religión ó nacionalidad, la situación especial de estos hispanoamericanos les vedaría tan insensata tentativa, que sin provecho alguno desataría el vínculo continental. Estas ideas sanas han sido expresadas por un ministro de este país, en una circular cuya redacción él me hizo el honor de confiarme; «La reacción y el remedio están en el estudio de nuestra lengua. Renunciemos á vanagloriarnos con nuestras incorrecciones: como lo repite expresamente este plan de estudios, no hay más idioma nacional que el castellano. Todos los pueblos hispanoamericanos deben así entenderlo, si no quieren perder el inmenso beneficio de una lengua común á todo el continente...»

No soy, ni puedo ser, de los que exaltan la belleza incomparable del castellano. Entiendo que una lengua es un instrumento de ideas, no concibo cómo pueda existir para ella una belleza que sea distinta de su eficacia actual, ni he oído que nadie funde la superioridad de un piano Érard en sus entalladuras. El castellano ha sido un instrumento admirable en tiempos y en manos de Luis de León y Cervantes, como el latín y el griego en boca de Virgilio y Platón; se halla hoy casi tan inhábil como aquéllos para interpretar la civilización contemporánea. Admitamos que quede como instrumento perfecto para expresar las ideas de un pueblo que, desde entonces, no las tiene originales ni fecundas en ciencia, en filosofía ni en arte, caminando hace dos siglos á remolque de los que inventan y producen.

Empero, dicho todo eso, y sobrentendido lo que se omite, queda siempre de pie un hecho indestructible, y es que el castellano existe. Será lengua anticuada; y podrá parecer pueril la tarea de los aduaneros académicos, vanamente ocupados en rotular con nombres viejos las cosas nuevas que de fuera y á torrentes les llegan: no

(1) Véase el Prefacio de Prescott, en la última edición de su *Conquista del Perú*: agradece públicamente los buenos oficios del sabio director del *Atheaeum*, «whose minute acquaintance with the grammatical structure and the true idiom of our English tongue» le permite enmendar muchas incorrecciones

por eso deja de ser (con su hermano portugués) el idioma único de esta América latina. Compréndese que los pocos extranjeros que allá lo poseen literariamente desdeñen un instrumento harto pesado para las sutilezas modernas, compárandolo con otros afinados y *assouplis* por tres siglos de plástica incesante. Pero aquí!... Quitado ése ¿con qué se le reemplaza? ¿Se rechazará la carabela en nombre de la jangada? Se declara caduco el idioma de Quevedo, para sustituirlo ¿con qué? ¿con el de Goethe, ó Macaulay ó Renan? No: por el mismo castellano, tal cual lo hablan allá los que no saben hablar, y salpimentado de unos cuantos modismos tan genuinamente «criollos», que no se oye otra cosa en las esquinas de Triana y los malecones de Cádiz. No existe tal «idioma argentino» en formación; ni tendría importancia, aunque fuera más original y completo, cualquier patuá rústico que aquí coexistiese con la lengua culta, como ocurre en todas las provincias de Europa. Si tiene, al contrario, un rasgo evidente y plausible nuestra presente producción ó reproducción literaria, es el de un esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje—es decir hacia el español castizo. El «gauchismo», antes celebrado y hoy anticuado y *cursi*, va desapareciendo con el gauchó.

Los que piensan con cerebro ajeno, y emiten citas por ideas, suelen invocar los supuestos ejemplos de Gutiérrez y Sarmiento, confundiendo cosas tan distintas como el estilo y los sentimientos. Es la verdad que estos escritores argentinos, por causas que fuera largo enumerar, se mostraron adversos á la influencia española en su país, pero no es cierto que extendieran al idioma su antipatía, y practicasen la doctrina que se les atribuye. Deponen contra el aserto todos los escritos del primero. En cuanto al segundo, si es harto visible que no dominaba la lengua, no lo es menos que jamás la ofendió deliberadamente: es muy sabido que la pureza gramatical, no menos que el buen gusto, fué una de sus mayores presunciones (1). Como muchos otros, que no tapan sus roturas con jirones de púrpura, no escribía más correctamente porque no podía—mejor dicho, porque, con ser tantas las cosas que en su vida aprendiera el gran autodidacta, no llegó nunca á saber escribir con esfuerzo y descontento de sí propio ¡arte difícil que constituye la mitad del escritor!

(1) Véase v. gr. el curioso prefacio del *Facundo* (última edición, *Obras VII*). En las mismas polémicas de sus mocedades, los excesos de criollismos vienen como represalias de otros excesos puristas; el fondo de la doctrina es excelente y el estilo lleno de sabor. Las incorrecciones que tilda el señor Menéndez Pelayo, en una frase expresamente elegida (artículo del 22 de mayo de 1842), no existen en la edición de 1887; y muy extraño que el eminente crítico no la tuviera á la vista para escribir, en 1895, su introducción á la *Antología de poetas hispano-americanos*.

No hubo nunca, pues, ni podía haber entre nosotros, escritores de valía actual ó virtual que desconociesen las leyes del pensamiento, hasta el punto de profesar el solecismo, pretendiendo expresar mejor en jerga de barbarie sus ideas de civilización. Todos ellos tenían la noción, doctrinal ó instintiva, de cierta armonía necesaria entre el fondo y la forma, y á esta noción han ajustado su obra, en la medida de sus fuerzas y de su saber. He indicado otras veces lo que en esta materia podría intentarse, guardando el respeto debido al vocabulario y sobre todo á la sintaxis. Salvados estos justos límites, se entra á vagar—á *gaudear*—por las tierras incultas, dominio primitivo y arbitrario donde no ha penetrado aún el arte con su belleza ni la ciencia con su verdad.

Es otra noción muy difundida, y por tanto superficial, la de residir no sé qué oposición orgánica entre la ciencia y el arte, afirmándose por algunos que las naciones dedicadas á la primera se desinteresan del segundo. La evidencia contraria es deslumbradora, y de ello se exhibe ahora mismo una prueba colosal en el centro del mundo. Son los mismos pueblos de Europa los que llevan la doble dirección: los que siembran en laboratorios y academias, y cosechan riqueza y gloria con su industria floreciente y su fulgurante irradiación intelectual. El alegado ejemplo de los Estados Unidos perderá luego su valor transitorio. Concluído el período de formación madrepora, veremos al organismo colosal, más y más centralizado, emprender la evolución ordinaria de todos los organismos. Así su guerra de ayer como su manifestación presente en la exposición de París, desquician ya la teoría del *yankismo* pacífico, utilitario, y tan extraño á la ciencia pura como al estremecimiento estético. Bryce ha rehecho, después de medio siglo, el libro de Tocqueville: antes de veinte años transcurridos, habrá que rehacer el libro de Bryce.

Es que no existe en realidad tal antagonismo entre la ciencia y el arte, ni tampoco entre la práctica y la teoría, siendo ésta, por lo contrario, la causa y condición de aquélla. Si en el principio los Estados Unidos han realizado su expansión material con prescindencia casi completa de la ciencia pura, es porque se valían de la europea. También aquí somos víctimas de otra ilusión: mejor dicho, formulamos como leyes absolutas, las que sólo son relativas á nuestra debilidad. Es cierto que para la muchedumbre se impone la elección entre una y otra disciplina, no bastando la amplitud mental para abarcar las dos facetas de la sabiduría. Pero lo es también que los rayos dispersos vuelven á converger en la mirada del espíritu superior, pudiendo decirse, según la conocida fórmula de Bacon, que si un poco de ciencia aleja del arte, mucha ciencia nos aproxima á él. El saber ordinario es un análisis, el supremo es una

síntesis, y junto al prisma de cristal que descompone el rayo de luz para estudiarlo, el genio coloca al segundo prisma que lo rehace en su divina sencillez.

Por eso, puede afirmarse y demostrarse que no actuó nunca un sabio genial que no fuera también un gran artista—y esta dualidad, precisamente, es la que diferencia al genio, del talento común ó del simple saber, por vasto que sea. En el monumento del primero, la plenitud expresiva es algo más que un adorno. La gracia innata es de todas veras una *gracia*, en el sentido teológico: el signo de elección de los héroes espirituales. El aroma sutil que de la obra maestra se desprende, es emanación de una virtud balsámica que la preservará durante siglos contra la destrucción. La belleza no significa solamente la seducción suprema: es el atributo soberano de la fuerza, y en la esfera especulativa, el indicio de una ciencia más esencial y profunda.—Debe admitirse que el inmenso saber de un Littré representará una masa de adquisiciones no inferior á las de un Max Müller ó de un Renan; pero en el cerebro robusto de aquél faltaba la fibra magnética del sueño y del misterio: podía levantar el grandioso *Diccionario*, pero no cincelar las joyas exquisitas de *Ma sœur Henriette* ó de *Deutsche Liebe*. De ahí el aspecto macizo de la obra y la actitud esforzada del atlético obrero. Los otros pensaron con alegría, conservando serenidad hasta en las luchas de la creación. Por el mismo camino en que el austero trabajador arrastraba su cosecha compacta, sin desviarse un punto de la línea útil,—los genios felices, con carga igual, iban sin fatiga, ajustado á secreta armonía el paso rítmico, abierta el alma cósmica así al gorjeo del ave como á la gloria del sol, y, por momentos, se detenían en el seto vecino para cortar una rosa silvestre....

P. G.



Bibliografía

Dr. Santiago Roth. *Los Ungulados sudamericanos*. Anales del Museo de La Plata.

En magnífica edición y adornada con admirables fototipías, da á luz el distinguido encargado de la Sección Paleontológica del gran Museo sudamericano una interesante monografía científica, llena de observación y trabajo personal. El Sr. Roth, sabio investigador preséntase previamente con algunas consideraciones sobre la sistemática que se ha seguido en los trabajos del orden del suyo.

Desde que Darwin—dice—ha comprobado la variabilidad de la especie y ha fundado la doctrina del desarrollo gradual en el mundo orgánico, se han hecho grandes esfuerzos para implantar la sistemática de los mamíferos sobre bases filogenéticas. Pero, á pesar de que hace decenas de años que se trabaja con toda actividad en este sentido, no se ha llegado á establecer la filogenia de un solo orden de mamíferos que sea comprobada indiscutiblemente. Este resultado desfavorable da á los antidarwinistas motivo para levantar mas alta voz contra esta teoría. ¿No ha manifestado Virchow, hace poco tiempo en una conferencia, que la disposición de transformación en la especie, tal como la pide la teoría de Darwin, es muy limitada, segun las observaciones exactas, y, cuando en realidad se presenta, es patológica? En mi concepto, el resultado poco satisfactorio, obtenido durante los treinta años en que se trata de reformar la sistemática sobre principios filogenéticos, no formula una prueba negativa para la teoría de la transformación gradual, sino demuestra únicamente que los métodos empleados han sido defectuosos y por eso no han tenido el éxito deseado.

La filogenia de los mamíferos no arrancó desde un principio de algo positivo; se vió cierto parentesco en algunos grupos, pero se suponía que todos los mamíferos se desarrollaron de un solo prototipo. Se llegó á presumir que éste debía ser de una organización

muy compleja, provisto de centenares de dientes, fundándose en la opinión que los órganos que forman el esqueleto, por ejemplo, deben haber aparecido desde un principio en su número completo, creyendo que después no aparecieron partes nuevas análogas ú homólogas á las primeras y que un órgano desaparecido por atrofia nunca pudiera reaparecer.

Sobre la base de un prototipo puramente imaginario, se comenzó, con ayuda de la ontogenia, á construir árboles genealógicos incluyendo en ellos, tan bien ó tan mal, como se pudo, los tipos extinguidos, llenando los vacíos con formas ideales y de esta manera prescribiendo á la paleontología las formas de mamíferos que debiera descubrir. Como en muchos casos los descubrimientos paleontológicos demostraron lo contrario de lo que se esperaba, la biología argumentaba que los fósiles no eran conducentes para resolver problemas biológicas y se decía que por su conservación defectuosa eran utilizables solamente para llenar detalles. Sin embargo, únicamente la paleontología puede suministrar los documentos históricos incontestables, y si ella no puede establecer la sistemática sobre bases naturales, menos lo puede hacer cualquier otro método de la ciencia biológica. Esta convicción se abre hoy siempre más camino.

Y una demostración de que esto es cierto la suministra el autor, estudiando fósiles sudamericanos, comparándoles, reduciéndoles á grupos y demostrando diversas tesis de índole, científica, todas ellas de importancia para la paleontología sudamericana.

CSSF

56880

NOTA

En el trabajo **Documentos de 1534 á 1600 que se conservan en el Archivo Nacional**, se han deslizado diversos errores, que el lector excusará, y que serán subsanados en la tirada aparte, que se hará, de dicho trabajo.

ERRATAS

		<u>DICE :</u>			<u>LEASE :</u>		
Pág.	6	vol.	58	12	63	1	
»	»	vol.	»	1	58	1	
»	7	vol.		63			65
»	7	folio	»	1	»	14	
»	10	folio		773			775
»	11	folio		585			584
»	15	folio		652			»
»	17	vol.	»	» 696	2	27	696

